

Tradicción

NUM. 3 - SANTANDER, 1 DE FEBRERO DE 1933

SUMARIO



Nuestro homenaje a don José María de Pereda.

Retrato de Pereda.

Pereda tradicionalista literario. - Agustín G. DE AMEZUA.

José María de Pereda (fragmentos de un poema). - Ignacio ROMERO RAIZABAL.

Don Armando Palacio Valdés nos habla de Pereda. - Fernando BUSTAMANTE.

La gracia de Pereda. - Eduardo DE HUIDOBRO.

Mi pequeño homenaje. - José María GUTIERREZ-CALDERON DE PEREDA.

Evocación. - Manuel POMBO ANGULO.

Pito Salces. - Evaristo RODRIGUEZ DE BEDIA

Recuerdos de Pereda en el Palacio de Villacarriedo. - Gonzalo FERNANDEZ DE VELASCO.

El abanico de la señora de Pereda. - El Caballero de LAS LISES.

El centenario de Pereda. - José DE LA LASTRA.

Noticiero quincenal. - Sancho QUIJANO.

40
CNS.

PERFUMERIAS
DROGUERIAS

E. Pérez del Molino, S. A.



Siempre encontrará en esta Casa los perfumes más modernos y las marcas más acreditadas. Venta exclusiva de los productos de belleza del INSTITUTO HELENA RUBINSTEIN, de París. Gran surtido en objetos propios para regalos y todo lo concerniente al maquillaje moderno.

Compañía, 3 ● Wad-Ras, 3 ● Blanca, 17 (Droguería Azul)

Droguería

Villafranca

Perfumería

Blanca, 13. - SANTANDER



Gran surtido en perfumería fina de las mejores marcas nacionales y extranjeras. Objetos para regalos, bisutería y artículos de limpieza.



Exclusivo para esta provincia de la renombrada perfumería ELIZABETH ARDEN.

H La Sastrería **R** más económica **R** y elegante **C** de Santander **C**

Atarazanas, 15 y 17. - Teléfono 1812

La X

E. Soriano

Juguetería

y Vajilla fina

Coches para niños

Blanca, 8.-Teléf. 22-99

Santander

Comprar

El Tesoro de la Juventud
a vuestros hijos

Enciclopedia en la que los niños
adquieren toda clase de
conocimientos.

17 tomos, 350 ptas. al contado, y
390 ptas. a plazos de
15 ptas. mensuales.

Representante: Daoiz y Velarde, 3

TELEFONO 32-39

Santiago Gutiérrez Mier

SEGUROS

DE TODAS CLASES

Carbajal, núm. 1

Teléfono 22-19

El mejor aceite, es la marca

Y. AZUL

de la Casa IBARRA

Pedidla en todos
los buenos comercios

Representante general para
Castilla la Vieja:

LUIS OROZA

Velasco, 13. - Teléf. 1484. - Santander

Camisería y Paragüería

Díez y Marín

Géneros de punto

Gabardinas, Trincheras,
Artículos de piel

Novedades en corbatas,
guantes, medias y calcetines

Blanca, 4 y Ribera, 3. - SANTANDER

Sección de pañería
para caballero y niño

Gabardinas, Checos,
Trincheras, Cueros
Plumas

El Toisón

San Francisco, 24

SANTANDER

Ornamentos de Iglesia
Astrakanes, Rizos,
Breitschwanz

Paños, lanas, Peletería
Alfombras, Hules

Reservado para

La Rosario, S. A.

Fábrica de jabones de lavar la ropa,
de tocador y perfumería

Fundada en el año de 1864

por hermanos de

Don José María de Pereda

Materiales de
construcción de todas clases.

MADRAZO

Saneamiento
Calefacciones, Uralita, etc. etc.

Méndez Núñez, 11.—Teléfono 1365.—SANTANDER

La Casa mejor surtida de Bisutería,
Juguetería y Artículos de «Recuerdo»
y «Capricho», es, sin duda alguna,

LA MAR

ATARAZANAS, 1. - (DEBAJO DEL PUENTE)

Continuamente se reciben novedades.—Grandiosa sección de 0,95.—Sucursal en el Sardinero.

Varela

ZAPATOS DE LUJO



San Francisco, 24
SANTANDER

Joyería y Platería

Agüero y Rodríguez

Sucesor de R. Rodríguez
Fiel contraste

San Francisco, 1 - Telef. 3512
SANTANDER

Droguería y Perfumería

Casa Zubieta

Artículos fotográficos

Wad-Ras, 5 (Plaza Libertad)
SANTANDER

Ultramarinos
finos

La Barata

Artículos de
producción regional

M. Sautuola, 1

Teléfono 1608

SANTANDER

Confitería y Pastelería

HORNO DE SAN JOSE

Aduana, 1.—Teléfonos 1908 y 1706

Dulces selectos.—Bombonería fina.
Artículos para regalo.

ESPECIALIDADES:

Yemas Imperiales.—Monjitas y
Caramelos «SOTILEZA»

LA PARISIEN

Gran taller de Plisados
Almacén de Mercadería y Novedades

TRUJILLANO Y SACRISTAN

San Francisco, 29.—Teléfono 3492.—SANTANDER

Diplomado
de la
Escuela de París

JOSE M.^A BALBAS

CALLISTA

San Francisco, 21

SANTANDER

Tratamiento
especial de pies
delicados sin dolor



Sombrerería

CASA HERRERO

22, San Francisco, 22

Esta Casa presenta siempre las últimas novedades en Sombreros, Gorras y Boínas para Caballeros.

PRECIOS REDUCIDOS

LIBRERIA IMPRESA

PAPELERIA **RELIGIOSA**

Libros de religión, estudio y recreo
Menaje para escuelas

BENITO HERNANDEZ

Ribera, 25. - SANTANDER

La Casa que REGALA
los géneros por lo barato
que vende

El Palacio de las Medias

Puerta la Sierra, 5

Teléfono 2306

SANTANDER



RELOJERIA SUIZA

(Casa fundada en 1850)

MANUEL PRADA

SUCESOR DE J. CRON

Amós de Escalante, 4.-Santander

TELEFONO 17-02

BAZAR INGLES

Loza y Cristalería ♦ Batería de Cocina
Perfumería y Bisutería

SECCION DE 0,95

Extenso surtido en juguetes

LAMPISTERIA

Material eléctrico de todas clases
Presupuestos para instalaciones

Casa especial en artículos para regalos
Visite Vd. esta Casa y encontrará lo que desea

JUAN ORTIZ

A. de Escalante, 6.-Santander

CONFITERIA
Y PASTELERIA

MAXIMO GOMEZ

Paseo Pereda. 7 y 8
M. del Este, 26 y 27

Bombonería selecta



Mendiola

San Francisco, núm. 7

Teléfono num. 24-04

SANTANDER

Loza, Cristal, Batería de cocina
Artículos para regalos

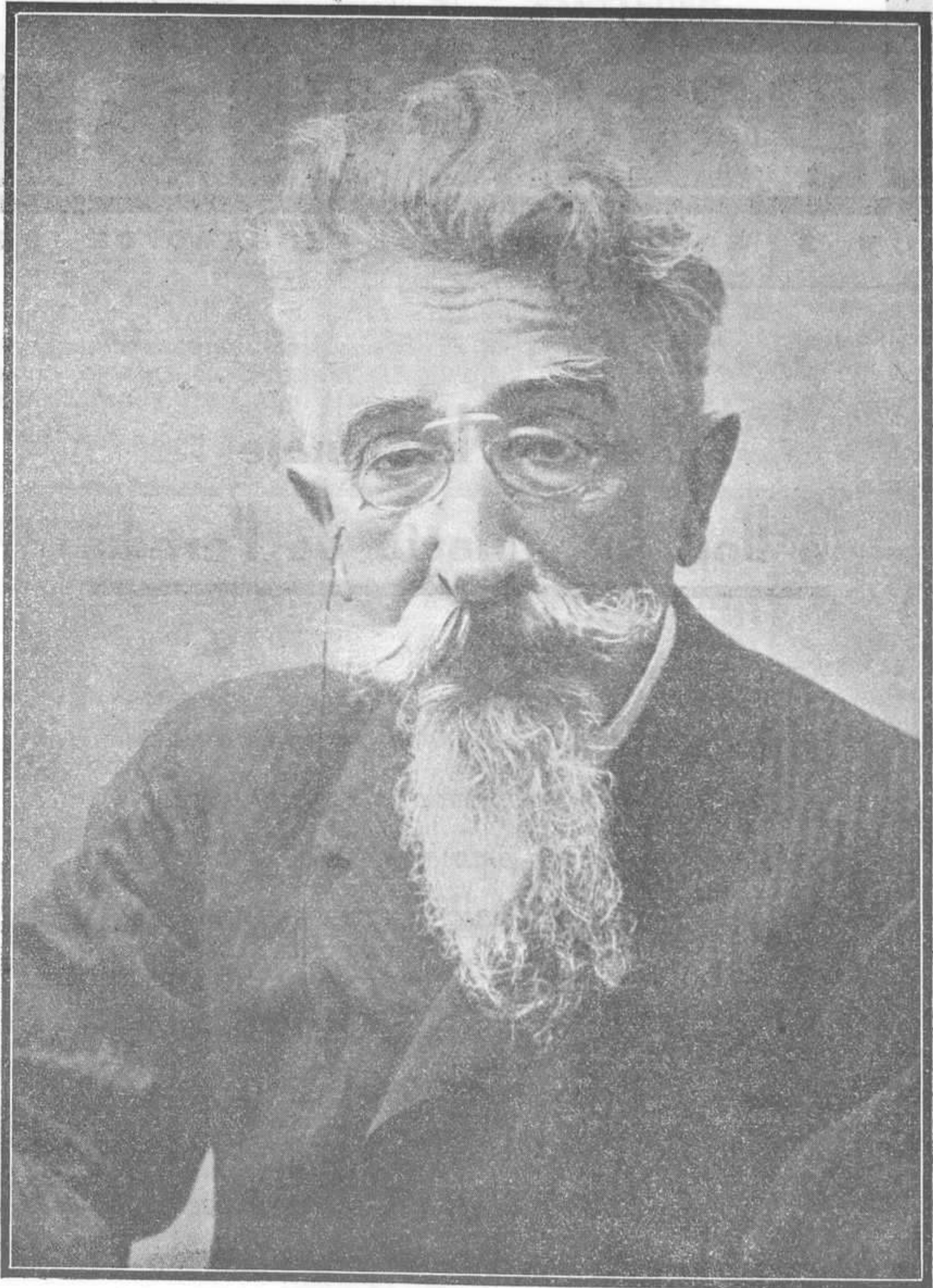
Tradicción

NUM. 3 - SANTANDER, 1 DE FEBRERO DE 1933

Nuestro homenaje a Don José María de Pereda

El día seis de febrero de este año de gracia de mil novecientos treinta y tres, se cumplen los primeros cien años del natalicio del ingenioso y verdadero hidalgo montañés, Don José María de Pereda, gloria santanderina, lumbrera de las letras españolas, orgullo y prez del Tradicionalismo.

Por eso "TRADICION", en esta fecha memorable y excelsa, le dedica gustosa un especial recuerdo y quiere honrar sus páginas honrando la memoria del Maestro.



Don José María de Pereda, gloria de las letras españolas.

Nació en Polanco, el 6 de febrero de 1833.

† en Santander el 1 de marzo de 1906.

Retrato de Pereda

Por su aspecto exterior, lo mismo que por la recia contextura de su espíritu, fué en la vida mortal el arquetipo de una casta de hidalgos ya desaparecidos. Era de noble y grave continente, mediano de talla, enjuto de carnes, recio de tronco y hermoso de cabeza. Tenía la color de avellana, correcta la nariz, alta la frente, velados los ojos, bigote bien poblado y de altas guías, perilla larga y ancha, entrecana como el mostacho... La melena rebelde, se encrespaba bajo el chambergó derribado airosamente sobre la sien. Vestía pulcramente, sin rendirse a las tiranías de la moda, sino a lo que le ordenaban la limpieza y la holgura. A veces se abrigaba con la capa española que llevaba con gentileza, y entonces acababa de dar a su persona el aire de un antiguo caballero de Castilla. Robusto y musculoso, parecía labrado en madera de un roble montañés de buena veta. Era miope, como Quevedo, y después de Cervantes nadie escribió mejor que él.

De la bibliografía de José Montero.

Pereda tradicionalista literario

Con oportunidad obligada y fervorosa, cumpliendo hidalgamente con su título, conmemora la Revista «TRADICION» el primer centenario del natalicio del gran montañés y genial novelista D. José María de Pereda. Justo y necesario era, en efecto, que lo hiciese. Porque sobre todos los títulos y excelencias con que la crítica ha calificado su producción literaria, resplandece en ella uno más, singular y refulgente, que la colorea e ilumina: su hondo valor tradicionalista o tradicional, dando a esta voz un sentido más amplio y comprensivo que el político con que vulgarmente se emplea.

Toda la obra de Pereda es como un himno jubiloso, como un canto viril a la tradición, a la conservación piadosa y culto férvido de las ideas, costumbres y ambiciones, vivas aún y vigorosas, que cada generación que muere va legando a la que sucede, tanto que los elementos más característicos y preciados de sus novelas y artículos, aquellos que habrán de comunicarles gloriosa perennidad, de la tradición los recogió Pereda y por la tradición llegaron hasta él. El campo de acción de sus relatos, la Montaña, era sin duda una de las regiones españolas que hasta su tiempo había logrado conservar casi intactos y más puros sus accidentes geográficos. Todavía la colosal Peña Carranceja alzabase como un torvo y solitario titán que vigilase su entrada, defendiéndola de las incursiones y asaltos de los fronterizos valles castellanos. En las cimas casi inaccesibles de sus picos, libres por dicha los más de ellos de cosmopolitas alpinismos, guardábase la nieve virgen, eterna, incontaminada, como si sus peñas y llambreras siguiesen sirviendo de aras a milenarias y primitivas religiones. Durante gran parte de su vida, muchos de sus valles y llosas vivían solos, pacíficos, aislados, sin otra comunicación entre sí que la pedregosa cambera o la senda de herradura, para que por ella pudiese caminar Marcelo, el sobrino de D. Celso, llevando delante como guía y espolique al incansable Chisco. Con razón y bellísima frase pudo decir su gran paisano y camarada, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que Pereda hizo su nombre inseparable del nombre de su tierra, incorporada por él a la geografía poética del universo.

TRADICION

Sobre este escenario inmortal, tallado en roca viva, en la majestuosa decoración que tiene por solio los cielos, por fondo la gigantesca cordillera cantábrica, por testigos sus desfiladeros y prados y por compañero el mar, veremos desfilar los demás elementos de su obra; tradicionales todos, primero los personajes, aquellos tipos tan humanos, aleaciones de su fantasía con la realidad, no puras copias ni imitaciones serviles de otros vivos e históricos, porque el novelista que imita o calca solamente no logra dar a los hijos de su entendimiento la ansiada inmortalidad; de la tierra de aquellos plácidos y escondidos valles montañoses tomará la masa con que ha de modelarlos, limo esponjoso, húmedo, casi caliente, del cual saldrán los personajes legendarios ya de sus novelas: el Pae Apolinar, Muergo, Don Sabas, Patricio Rigüelta, D. Silvestre Suturas, alentando en cada uno el espíritu que su creador acertó a infundirles, espíritu también profundo, esencialmente tradicional. Es el culto a las viejas costumbres; es el amor a la tierra nativa; es la fe religiosa que imprime consuelo, esperanza y sobre todo acción; es el sentimiento exaltado de la libertad, el horror a lo extranjero, que enlaza a los tipos de Pereda con sus indómitos antepasados, los vencedores de las águilas de Agosto; es la nostalgia que sentirá todo montañés por el concejo familiar, tanto que cuando el Destino le saque de su aldea, mal de su grado, a su aldea y con los años volverá nuevamente, porque—fenómeno singular y por extremo expresivo—casi ninguna de las grandes creaciones de Pereda morirá fuera de su lugar: todos, tarde o temprano volverán a él, para que no le falte el legado piadoso de sus huesos, para que convertidos en polvo puedan incorporarse a la jugosa tierra que les vió nacer.

Y con el paisaje, los tipos y costumbres, el idioma además: no sacado fría y artificiosamente de los libros y diccionarios eruditos, sino bebido directamente del pueblo, que es quien siempre lo crea y quien mejor sabe conservarlo y enriquecerlo; aprendiendo de la naturaleza, que por variar es bella, nuevas voces, acepciones y giros, en contacto con las alegrías, tristezas y pasiones de los hombres, como fruto espontáneo y anónimo de la vida, lenguaje recio, viril, y sobrio, intensamente realista, sin rebuscados afeites ni afeminadas galanuras, casando la palabra con el medio exterior, porque el estilo en todo escrito regional es siempre como el reflejo, la evocación, el eco del paisaje, trasunto de la corteza terrestre por donde se mueve, que unas veces le atrae y aprisiona, y otras le impulsa y aleja en busca de nuevas ideas, sensaciones, y desconocidos mundos.

TRADICION

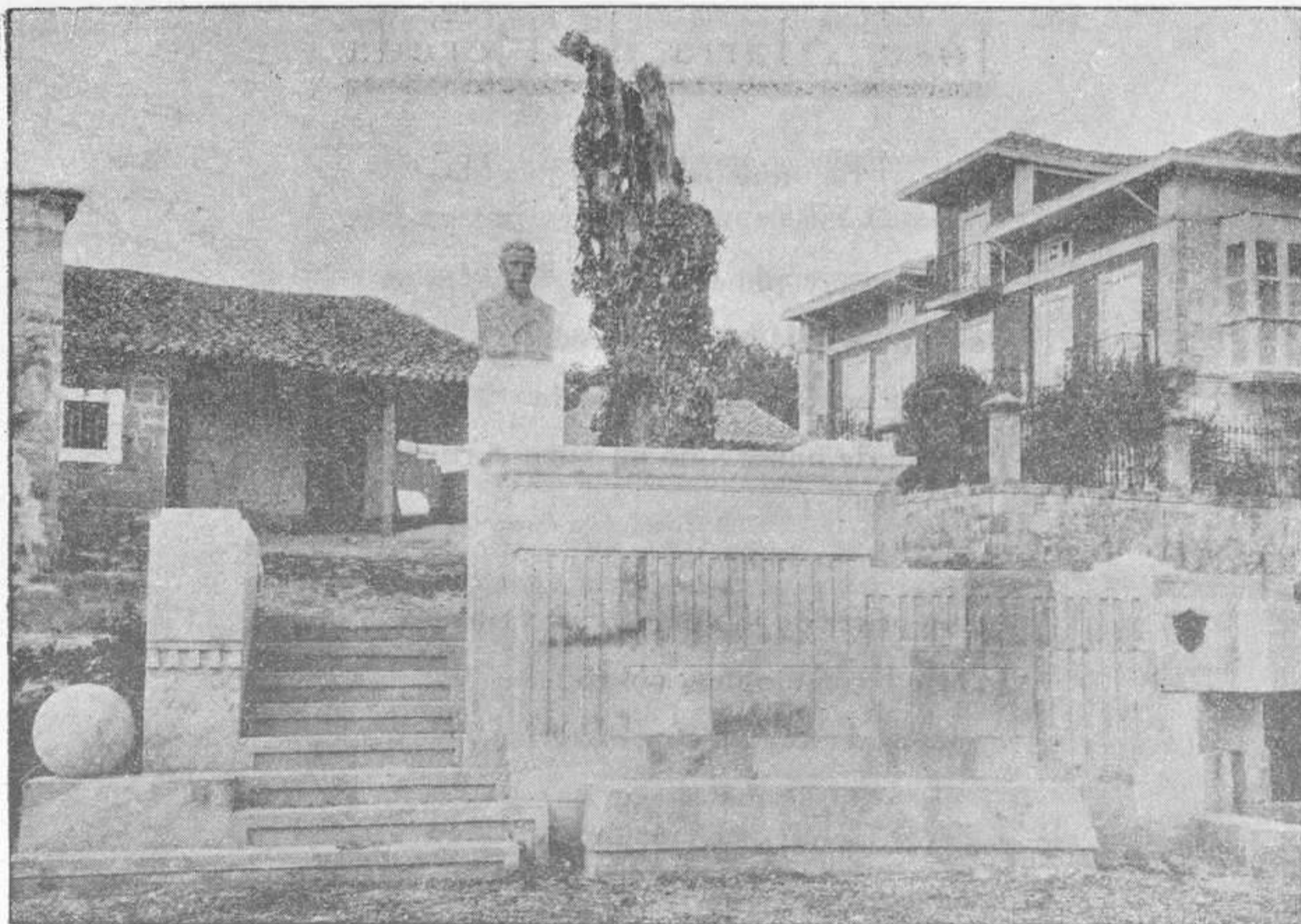
Tradición, como su etimología acusa: de *traddere, entregar*, Pereda supo hacerlo noble y hermosamente como ninguno. En su ingente obra literaria hay una transmisión plena, constante a las generaciones venideras de los valores y riquezas espirituales que de sus mayores había recibido; faltaba tan solo para que fuese perdurable una divina colaboración, el concurso del Arte, la maestría de la pluma, la visión certera de lo bello, que en la contemplación de la vida que discurre por delante de sus ojos, una y varia, constante y renovada, distingue, cierra, separa y aprehende solo aquello que es digno de vivir y conservarse. De como lo logró, sin mengua de nada santo, por su propio e innovador esfuerzo, con originalidad genial, dícenlo mejor que nadie sus propios libros. Por eso para mí fué Pereda un ejemplar maravilloso e insuperable de *tradicionalista* literario.

AGUSTÍN G. DE AMEZÚA

(De la Academia Española)



Despacho de la Casa de Polanco.



MONUMENTO A PEREDA EN POLANCO

y junto al monumento, los restos de la cajigona, bajo cuya sombra dialogaron Pablo y Don Baldomero, y de la que sólo queda un tronco seco y cubierto de yedra. «La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie; grueso, duro y sano como una peña el tronco, de retorcida veta, como la filástica de un cable; las ramas horizontales, rígidas y potentes, con abundantes y entretrejidas ramas; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego otras ramas, y más arriba otras, y cuanto más altas más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era la clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda».

Pereda.—«El Sabor de la Tierruca».—Cap. I.—«El Escenario».

José María de Pereda

(Fragmentos de un poema)

Aún hay panegirista
de Don José María de Pereda,
que es fácil que no pueda
Perdonarle haber sido un buen carlista.

Y no los liberales,
que a pesar de lo opuesto de criterios,
le brindaron elogios colosales
en lugar de anatemas y dicterios.

Pérez Galdós, el máximo pontífice
del sectarismo y de la laica escuela
fué el gran admirador de nuestro artífice
genial de la novela.

Y Alas—Clarín—el coco que avinagra
todo nombre que huela a sacristía,
se dá por fin por satisfecho un día
y como un genio excelso le consagra.

.....

Pero se hace carlista, se declara
del Altar y del Trono partidario
y ahí su nombre del mundo se borrara
si lograrlo pudiera un adversario.

Sus amigos de ayer, sus compañeros,
sus incondicionales,
son en abandonarle los primeros,
por que son consecuentes liberales.

TRADICION

Y el «El Tío Cayetano», aquel segundo
»Padre Cobos», fallece
ante el cisma amistoso que iracundo
la Redacción divide y extremece.

Pereda sufre el doloroso chasco
sin que flaquee un punto su denuedo
y en medio del político chubasco
va a Vevey con Fernandez de Velasco,
el del Palacio de Villacarriedo.

Y en Vevey habla con Don Carlos. Besa
su mano real y su palabra escucha
y todo cuanto escucha le interesa:
se habla de armas, de nombres y de lucha.

Vevey, el pueblecillo de Suiza,
es un punto apropiado
para conspiraciones y en él iza
el joven Carlos su pendón morado.

A Pereda le place y electriza
y llena de confianza
aquel férvido ambiente
de pasión y nobleza y esperanza
que rodea al prescripto adolescente.

Ha conocido al general Elío
y Aparisis Guijarro
y al regresar, su corazón bizarro
bulle nervioso de entusiasmo brío.

De vuelta en Santander, forma en la lista
de socios fundadores
del nuevo Centro Tradicionalista:
contagia a sus hermanos
su fiebre de políticos ardores;

TRADICION

renueva el fuego de los veteranos
en hojas y proclamas que redacta;
no perdona resortes
que aviven su patriótico deseo
y le dan los cabuérnigos un acta
de diputado a Cortes
en las primeras de Don Amadeo.

Este es el Siglo de Oro, la aposeosis
de su vida política y activa,
la temporada de unos cuantos meses
que gastó su entusiasmo a grandes dosis
y que sus enemigos montañeses
no habrán de perdonarle mientras viva.

Pereda, a la sazón, se encuentra en plena
madurez. Cuarenta años. Edad buena
para que el genio brote.

Ancha frente serena,
un proyecto ondulado de melena,
enérgica perilla, ancho bigote,
y un velo de ternura
que su mirar romántico contrista.

¡Magnífica figura
de diputado tradicionalista!

.....

Dos importantes cartas para España
salen desde Ginebra
abríl y sobre el mismo día
Rada ordena en Vasconia la campaña
y en Madrid Necedal declara en quiebra
su heroica minoría.

TRADICION

Pereda entonces, blanco
del odio liberal, a la Montaña
su bohemia romántica dirige
y en su valle nativo, en su Polanco,
su residencia elije.

La vida madrileña
su sistema nervioso resquebraja
y ahora Pereda sueña
una quietud campestre y lugareña
a la orilla bucólica del Saja.

Dueño de gran fortuna,
del «mundanal ruido» escapa y huye
y allí, en el pueblo que meció su cuna,
un albergue magnífico construye.

¡Y como le recrea
aquella «descansada
vida» dulce y tranquila de la aldea
por su pluma después tan celebrada!

Allí, sin cortesanos protocolos,
más que un desfile heroico, le emociona
ver jugar a los mozos a los bolos,
bajo la sombra de la cajigona.

Y allí, donde el feliz hogar le llama
y donde enamorada se acurruca
sedienta y esperándole la Fama,
saborea «el sabor de la Tierra».

.....

TRADICION

Pereda al fin recobra
su antigua actividad y ahora trabaja
en una nueva obra,
que es «Los Hombres de Pro», donde baraja
las artes y artimañas que no en balde
vió por las elecciones, pero en esto
le avisan que el alcalde
para él ha recibido orden de arresto.

Manuel, su hermano, ha puesto
tierra por medio y a París ha huído,
mientras él, escondido
donde nadie le viese,
aguarda a que don Juan de la Revilla,
su suegro, rancio liberal, regrese
con cualquier componenda
de la revuelta y coronada villa,
donde Salaverría, amigo suyo
que rige una Cartera, la de Hacienda
la solución le dé de aquel barullo.

.....

Es el setenta y cinco.
Don Carlos ha pasado la frontera,
pero el Gobierno teme otra guerrera
conspiración que con mayor ahinco
la lucha nuevamente removiera
y para hundir violento
cualquier conato de levantamiento
tiene todas las cosas bien previstas
y ha decretado el encarcelamiento,
de destacados tradicionalistas
que puedan provocar un alzamiento.

TRADICION

¡Otra vez política...! Pereda
en la lucha enconada
no ha de ser el que ceda..
Su pluma será espada
y ahora, en otro terreno, está resuelto
a reñir mil combates. «El Buey suelto»
precederá a «Tal Palo»
y tundirá a geniales
mandobles las espaldas liberales
el fantasma inmortal de «Don Gonzalo».

Después.. Después la Gloria
con todo su esplendor. La inmensa altura
donde sin manchas de mortal escoria
la luz del Genio como el sol fulgura...
Y un Nombre excelso que robó la Historia
y dió el carlismo a la Literatura!!

IGNACIO ROMERO RAIZABAL

Don Armando Palacio Valdés,

nos habla de Pereda

Don Armando Palacio Valdés, vive en el aristocrático barrio de Salamanca, y cuando llego a su casa, como le tenía anunciada mi visita, no se hace esperar mucho.

Al poco tiempo de estar sentado, en muelle butaca de un suntuoso gabinete, oigo por el pasillo unos pasos firmes y simétricos, sin sospechar que pudieran ser del propio don Armando, y cual no es mi sorpresa, cuando veo que a él corresponden a pesar de sus ochenta años.

Trae en la mano un bastón que más le sirve para jugar con él, que para apoyarse, pues es rara la vez que la contera toca el suelo.

Su barbita blanca y perfectamente recortada en redondo, junto con su pelo cano, hacen viril marco a unos ojos avizores e inquietos, de movilidad extraordinaria, y a su noble y espaciosa frente.

.....

—Vd. me perdonará, don Armando, que me presente aquí, con la pretensión de molestarle, con el único título que puedo esgrimir ante Vd., que es el de la admiración que siento por sus obras y el del gusto que tengo en conocer personalmente al que me ha hecho pasar tan buenos ratos con sus novelas.

El me sonrío benevolamente, como queriendo quitar el peso de la ingenua adulación.

—Ya sabrá Vd. que dentro de unos días se cumple el centenario del natalicio de don José María Pereda, y nosotros, a fuer de buenos montañeses y no menos fervorosos tradicionalistas, no podemos en conciencia pasar por alto esta fecha, sin rendir homenaje a nuestro insigne cantor de la Montaña y diputado Carlista.

¿Cuándo conoció Vd. a don José María?

—José María Pereda, tenía veinte años más que yo, pues el debía cumplir ahora en Febrero cien años y yo debo cumplir ochenta. No era de extrañar, por lo

TRADICION

tanto, que nuestras relaciones al principio de conocerle, fueron las de un hombre con un muchacho, pero, a pesar de esta marcada diferencia de edad, nos hicimos grandes amigos al poco tiempo de conocernos. En distintas ocasiones hicimos juntos excursiones a Santander. Recorriamos toda la ciudad y me ilustraba constantemente sobre los distintos puntos que visitábamos; demostraba siempre ser un gran conocedor de las cosas de la Montaña y especialísimamente de las de Santander. Cuando venía a Madrid, recorriamos también juntos los barrios bajos y antiguos, por los que sentía igual que yo una gran devoción..

—¿Tenían Vds. alguna peña literaria?

—No; solamente Pereda, Pérez Galdós y yo, formábamos un grupo, o peña literaria si Vd. quiere, en la que naturalmente yo era considerado como el benjamín. Al Boletín de Menéndez y Pelayo, mandé precisamente el otro día unas cuartillas que me pidieron en las que cuento la siguiente anécdota, ocurrida con motivo de la muerte de mi primera esposa. Cuando fueron en el duelo, Pereda, Pérez Galdós y Castelar, yo era todavía un desconocido y ellos eran ya hombres célebres. El párroco de la Concepción creyó su deber montar en el coche del duelo, pero sin saber quienes eran aquellos señores. Se figuraría que eran unos comerciantes y charlaba por los codos. En el curso de la conversación, dirigiéndose Galdós a Castelar le dijo: «Oiga Vd., Castelar». El pobre párroco, asombrado, preguntó si efectivamente era don Emilio, y éste, respondiéndole afirmativamente, le presentó después a don José María Pereda y a don Benito Pérez Galdós; no volvió a abrir la boca.

—¿... ?

—Efectivamente, Pereda era muy agradable en su conversación, la cual salpicaba constantemente con su picante gracia y su sano optimismo. Era, lo que se llama un hombre simpático.

—¿Qué opinión tiene Vd. de su obra?

—Yo, lo que más admiro en él, es lo cómico de sus tipos, la gracia y firmeza de los caracteres que constantemente aparecen en sus novelas.

Los marineros que describe en «Sotileza», por ejemplo, son de una visión perfecta, insuperable, como lo es también el tipo que describe en «don Gonzalo González de la Gonzalera». ¿Pues qué decir de sus «Escenas Montañesas»? Habría para hablar un año, ponderándolas, y no se acabaría. A pesar de todo esto, creo que la mejor de sus obras es «Sotileza», por lo pintoresca y vivida.

TRADICION

—Como poeta emotivo, ¿en qué novela y episodio le ha emocionado más?

—Una de las escenas que más me han impresionado siempre de sus obras, es la descripción de la Galerna en «Sotileza», que publicó casi al mismo tiempo que la mía de «José», y solo con diferencia de días.

—¿Qué puesto cree Vd. que le corresponde en las letras patrias como costumbrista.

—En eso de los puestos soy excéptico.

¡Depende tanto del gusto y del temperamento de cada uno!

Pero a mi juicio es el mejor costumbrista contemporáneo. A Mesonero Romanos y a Larra, los considero como antecesores, aunque éste último puede calificársele de satírico.

—¿Y la Filosofía que encierran sus novelas...?

—Ya sabe Vd., que la Filosofía, en los novelistas, depende del pensamiento que desarrollan y se desprende de lo que estos pensamientos hacen y obran sobre el lector.

Pereda, no daba mucha importancia a la Filosofía de sus obras, ni creyó nunca que era filósofo, ni tuvo pretensiones de serlo y sin embargo, en casi todas ellas resplandece el genio de la filosofía cristiana práctica.

No podía ser menos, pues él era un católico, pero un católico de verdad, con una fe firme y sincera, sin ñoñerías, instructiva.

Recuerdo que en una ocasión me dijo que el no era beato, tal y como se entendía vulgarmente este vocablo.

—¿Le conoció Vd. como político?

—En el aspecto político, casi no le conocí, pues cuando él fué diputado Carlista por el distrito de Cabuérniga en las Cortes del 68, yo era casi un niño, pues no pasaría de los 13 o 14 años. Era muy intransigente con los liberales, y aún creo que los odiaba; tenía repulsión por cuanto fuera liberalismo, sin que esto fuera obstáculo a su íntima amistad con Pérez Galdós, en quien creo que fué una afición senil su entusiasmo por el liberalismo y por la república. Recuerdo que Pereda en una ocasión y para demostrarme su santa intransigencia con el liberalismo, me dijo: Cuando hablo con un hombre demócrata, no puedo olvidar que es demócrata, como Vd. no olvidaría hablando con un hombre negro, que es negro.

—¿ . . . ?

—Si, actualmente ocupo el sillón de Pereda en la Academia. Fuí elegido el 3 de Mayo de 1906. Acababa de morir Pereda y me propusieron. Acepté con la úni-

TRADICION

ca condición de que tenía que ocupar el sillón que don José María dejaba tristemente vacío y tuve la suerte de que así me lo prometieron Menéndez y Pelayo y Picó y ahora es el que ocupo.

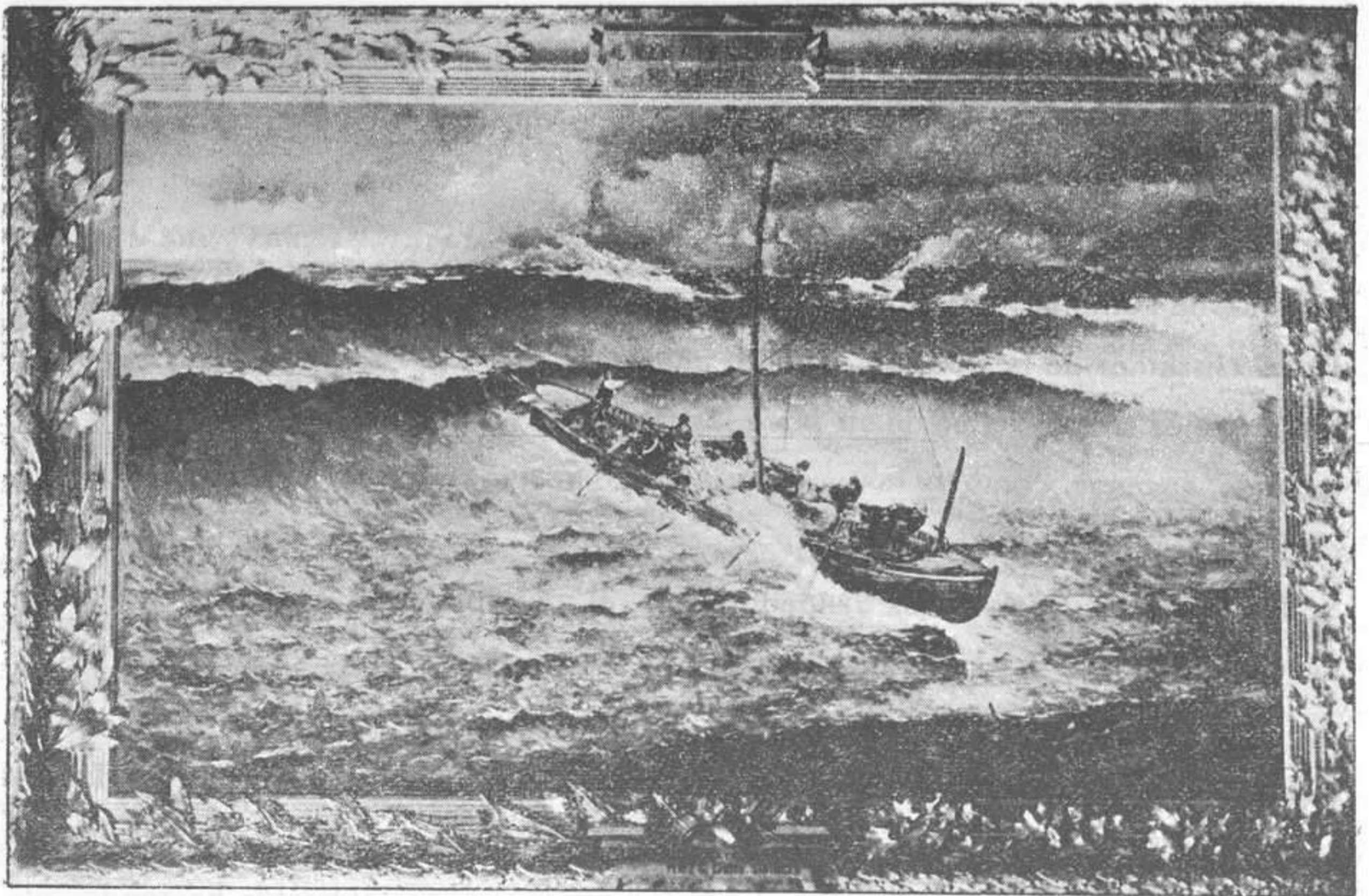
La charla se prolonga un buen rato, hablando ya de otros temas y me dice que se acuerda como si fuera hoy de cuando vivía con don Amós de Escalante, en el Hotel Ultramar de la Calle de Arenal; pasa revista a su prodigiosa memoria y como en veloz tropel, salen de su boca locuaz, hechos históricos, anécdotas de personajes, sucesos, cómicos los unos, tristes los otros, pues no en balde han pasado para don Armando 80 años.

Dándole las gracias, nos despedimos, y él me tiende una mano pequeña y nerviosa, con sus dedos finos y alargados, no cansados aún de escribir, y que prometen dar todavía juego sobre el papel, para honrar a la España, como lo hizo tantas veces como con «El delirio de un enfermo», «Maximina y Riverita», «La hija de Natalia» y otras.

Va delante de mí hacia la puerta, y en sus manos sigue el bastón haciendo volatinetas por el aire. ¡¡Es muy duro don Armando para que necesite apoyarse en él!!

FERNANDO BUSTAMANTE.

Madrid-Enero de 1933.



¡JESUS Y ADENTRO!

Cuadro de don Fernando Pérez del Camino, regalado a Don José María de Pereda por sus admiradores después de escribir su obra «Sotileza», que se conserva en su casa de Polanco.

«—¡Más... y más!—gritaba (Andrés que patroneaba la lancha) a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:

—¡Jesús y adentro!

Y la ola pasó también, sin reventar, hacia las Quebrantas, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.»

Pereda.—Sotileza.—«La más grave de todas las consecuencias».

La gracia de Pereda

Triste y desairadísimo papel hace en el mundo, a los ojos de los hombres bien educados, inteligentes y no ligeros de cascos, el que a roso y veloso, así hablando como escribiendo, y sin estar dotado además de natural donaire y agudo ingenio, se empeña en tomarlo todo a broma, en gracejar sin propósito y en traer a colación, aunque sea por los cabellos, chistes y zumbas, de buena o mala ley, para que se los aplaudan y celebren. Si hay seres insoportables,—que los hay, si no es para las almas muy santas y perfectas,—el gracioso de oficio merece casi siempre ser colocado entre ellos, y no así como quiera, sino en primera línea. Tiene, con todo, de ordinario, este tal su público o cohorte de gente vulgar e indocta, o ya, según los casos, burladora y maleante, o simple y sencilla en demasía. Que por eso dije antes que era triste y desairado su papel, mas en el juicio y consideración de las personas cultas y de educación un tanto esmerada, reflexivas y quietas.

Corrido don Quijote de las risas de aquellas mozas andariegas que halló en la venta donde fué armado caballero, dice: «Bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede.» Si que lo es, aunque caigamos en ella todos, o casi todos, al mejor tiempo, y a veces fuera de toda sazón y sin poderlo remediar, por un efecto que parece puramente fisiológico.

Ya se entiende, o puede y debe entenderse, que en ninguna manera se opone lo dicho a los fueros y excelencias del buen humor y de la sana alegría. Mis maestros del alma, los ejemplares jesuitas, saben muy bien lo que su gran Padre San Ignacio respondió a un novicio que sentía escrúpulo de ser tentado de la risa: *Fili mi, ridentem te videre volo* (Hijo mío, quiero verte risueño); y procuran siempre ajustarse a esta regla suya: «Todo el rostro muestre una alegría modesta, antes que tristeza o algún otro afecto menos ordenado.»

Lo que si digo es que en la literatura, y fuera de ella también, la gracia es don singular y privilegio muy alto, que se concede a pocos. A nadie en tanto grado como a Cervantes en el *Quijote*; y después de él a muy contados, en la medida que a nuestro original y gallardísimo Pereda. No era lerdo ni manejaba mal la

TRADICION

pluma el encubierto *Avellaneda*; pero ¡Santo Dios! ¿quién es capaz de leer sin sentirse traído y llevado por olas contrarias y opuestas de compasión, de desprecio, de lástima, de impaciencia y hasta de ira, su desdichada continuación del *Quijote*? Como gráficamente escribió el maestro Menéndez y Pelayo, «lo que en Cervantes, en la aventura de los batanes, fué descuido de un momento, se convierte en regla general para su imitador, cuyo libro *todo es batanes*, si se me permite este necesario eufemismo». Pues ponderando Galdós, en el prólogo de *El sabor de la tierruca*, el estupor que le produjeron algunos de los primeros cuadros de Pereda, principalmente el titulado *Blasones y Talegas*, y notando que «las obras más perfectas son las que más incitan, por su aparente facilidad, a la imitación», pero que «luego viene, como diploma más alto de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarlas», declara que a «aquella y otras obras de Pereda, hay que darles a boca llena y sin género alguno de salvedad, el dictado de *desesperantes*.» «Son de privilegio exclusivo,—añade—y... ¡ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de volverlo a hacer.» Muy bien: exactamente lo que le ocurrió al desventurado *Avellaneda*, y por la misma causa.

Ni Pereda ni Cervantes andaban a todas horas con el hipo de lucir su vena cómica y regocijar y divertir a sus lectores. La utilizaban con naturalidad y discreción, como sublimes artistas que eran, sin forzarla nunca demasiado; la dejaban correr buenamente cuando, en el hervor de la inspiración, se la ofrecía a raudales el asunto, esclarecido por la observación perspicaz y sutil y el brio, la gentileza y el garbo de su ingenio. Ni de suyo se inclinaban jamás a lo fútil y vano y sin substancia, ni por ningún caso perdían el respeto que se debe a lo honrado, a lo digno, a lo noble, a lo santo. La explicación de lo cual no puede ser más sencilla: uno y otro vivieron como buenos hijos de la Iglesia, ajustados a sus divinas enseñanzas. Y si por sencilla en extremo parece la razón menos verdadera o poco concluyente a tanto frívolo, a tanto ofuscado y a tanto vicioso como pulula hoy por la pobre España, los que por dicha conservamos el tesoro inestimable de la fe y... el precioso sentido común, estrechísimamente unido a ella, sabemos muy bien que es verdad de clavo pasado y más clara que la luz del sol en un día esplendoroso de la canícula.

A no escasos lectores de Pereda, literatos y no literatos, montañeses y no montañeses, les acontece lo que a muchos devotos de Cervantes con el *Quijote*: despejarseles el ánimo más o menos nublado y conturbado, y reirse a solas una

TRADICION

y otra vez repasando este o aquel pasaje de sus libros deliciosos. Este o aquel digo, porque ¿a quién le será dado señalar, no todos, sino los más celebrados de ellos solamente, desde las hazañas de *Cafetera* en las *Escenas Montañesas* hasta el mismísimo prólogo que al fin de su vida escribió para el libro *Antaño* de su deudo y amigo de la infancia Domingo Cuevas? Por mi parte confieso que, obligado a realizar esta tarea, acabaría por llenar dos o tres tomos de no menor cuerpo que los de sus «Obras completas», porque aun en el trágico *Pachín González* y en el discurso de entrada en la Academia hallo trazos de natural, chispeante y gracioso desenfadado.

Sin andarme a buscarlos y escogerlos ahora, sino a cierra ojos, y con suma parquedad, porque no consienten otra cosa los límites de este artículo, voy a apuntar siquiera tres o cuatro de los lugares que digo.

Llegan a Santander, en una tarde de verano, los buenos lugareños de Becerril, con sus alforjas y sus taleguillos, «y echan Muelle adelante con el asombro pintado en los ojos y en la boca»... «Lo que realmente los fascina por de pronto, y acaba por atontarlos, es «lo marítimo». Les faltan ojos para contemplarlo y hasta narices para olerlo.

—¡Míales, míales, hijo! vocea la madre.—¿No te lo ecía yo?... Más altos son los palos que el campanario del pueblo.

—¡Pus anda—añade el padre,— con el otro que va río abajo! Mal rayo me parta si no ahuma como si llevara los demonios aentro. ¡Qué tié que ver el tren con esto! ¡Pus ávate con el barquillico que lleva a la zaga!...

—Será la cría, padre—grita el rapaz.

—Puá qué, hijo: no te diré yo que no lo sea.»

Vamos ahora a la cátedra de latín del feroz Don Bernabé, cuyas «borracheras de barbarie» dejaron indeleble memoria en el Instituto Cántabro. «Mandaba echar la traducción a alguno de los cuatro o seis muchachos *de palo seguro*, que había en clase; media docenita de torpes que guardaba él como oro en paño, para darse un desahogo a sus anchas cuando el cuerpo se le pedía.» El pobre chico se levantaba temblando, y comenzaba a leer, y no daba pie con bola. Don Bernabé, al principio, le dejaba decir, y se paseaba a lo largo del salón, pero «acercando poco a poco la línea que recorría al banco del *sentenciado*», y exclamando, a lo mejor, «con su voz dilacerante» un ¡*Anda, candonga!*, o un ¡*Siga, calabaza!*, que dejaba a éste «sin voz, sin sangre y con los pelos de punta».

TRADICION

«Y seguía el muchacho, pero como sigue el reo al agonizante, seguro de llegar muy pronto al banquillo fatal. Y el lobo siempre acercándose, hasta que, al fin, se paraba muy pegadito a la oveja. En esta postura, tomaba un polvo, agachaba la cabeza, arrimaba la oreja derecha al libro y requería con la zurda el bastón. El traductor perdía entonces hasta la vista, caían de su boca los disparates a borbotones, y empezaba el suplicio. El primer golpe, con la caja de rapé, era a la cabeza; el segundo, con el libro, empujado con el puño del bastón, en las narices, al bajarlas el infeliz hacia las hojas huyendo de los golpes de arriba; después, *lanzadas*, con el propio puño de plata, al costado, al estómago, a la barriga y a los dientes; doblábase la víctima por la cintura, y un bastonazo en las nalgas le enderezaba; gemía con la fuerza del dolor, y un sopapo le tapaba el resuello.

—¡Conque *pasce capellas* significa *paz en las capillas*!—decía, en tanto, el verdugo con espantosa serenidad».

Este chistoso desatino, no sé si forjado por Pereda o tomado de la realidad, como contraste después de la relación del brutal martirio, y como «justificante» de él, alegado por el verdugo «con espantosa serenidad», no tiene precio, y pinta de mano maestra a aquel fanático energúmeno de la enseñanza, que, fuera de su cátedra, era la persona «más inofensiva, más sencilla y más bondadosa» del mundo, en sentir del admirable retratista. Y digo que no sé si fué invención de Pereda o copia exacta de la realidad la disparatada versión del *pasce capellas*, porque me acuerdo de otra de no menor calibre, que cita en una de sus obras, asegurando formalmente que la recogió en unos exámenes del bachillerato, el que fué ilustre senador tradicionalista y catedrático del Instituto de Valencia, y bondadoso amigo mío, Don Manuel Polo y Peyrolón; que es como sigue: *Abrahamus jam senuerat*. Abraham y su nuera.

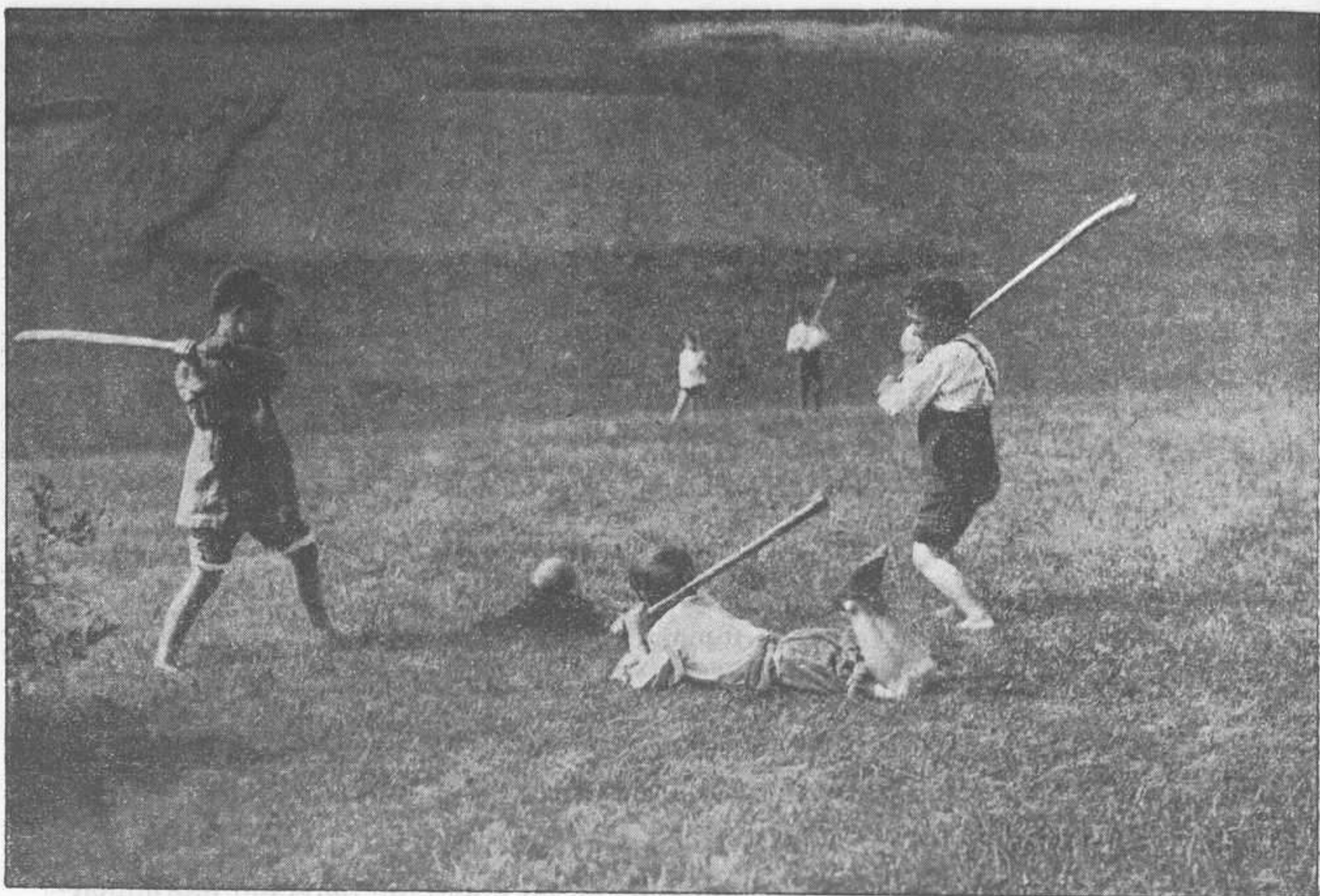
Porque, eso sí, Pereda, aunque natural e ingeniosamente exagerador, fué siempre fidelísimo amigo de la verdad, y hay que proceder con parsimonia en tachar de abultados o caricaturescos tipos, escenas o rasgos suyos que a primera vista pueden parecerlo; en lo que quizá se excedió algún tanto el doctísimo Padre José Manuel Aicardo, de la Compañía de Jesús, santamente fallecido hace poco. Ahí está Don Simón C. de los Peñascales, el de *Los hombres de pró*, cuando sólo se llamaba Simón Cerojo y era tabernero de la villa, y asistió a una reunión de contribuyentes, donde pidió la palabra y desbarró de lo lindo, y contestó a los «jujeos» y risotadas del auditorio con mucha flema: «Reirvos lo que queráis, si eso

TRADICION

vos engorda». ¿Qu en dijera que este grotesco incidente había de reproducirse con fidelidad, andando los años, en el Congreso de los diputados, no ahora, sino cuando todavía se usaba el «lenguaje parlamentario», y para desmentir una falsedad era menester contentarse con decir «eso es inexacto»? Pues así fué. Hará cosa de treinta años, salió diputado por no sé que distrito o circunscripción de una de las provincias del centro de España un señor rico, pero muy patán, que al poco tiempo se lanzó a hablar en la cámara, y se expresó en tales términos, que las carcajadas de burla se pudieron oír desde la Carrera de San Jerónimo. El entonces, sin apurarse cosa mayor, exclamó muy fresco: «¡Rieros, rieros!». Enteramente igual que Simón Cerrojo; sino que como no era montañés, en lugar de «reirvos», dijo «rieros», al modo de los rústicos de su tierra.

Otro ejemplo, y con él termino. ¿Quién no recuerda a aquel fatuo y ridículo barbero primorosamente dibujado y puesto en solfa, con cuatro gentiles trazos, en la regocijada galería de *Tipos trashumantes*?... «¡Qué ha dicho usted! ¡Dejar yo aquel Madri!... ¡Madri de mi alma!... Desengáñese usted, cabayero: nosotros, los artistas, acostumbrados a aquel mundo, no servimos para provincias.» Pues bien: yo me topé una vez un momento con un tipejo tan parecido moralmente a este barbero, que al punto me le trajo a la memoria. El 25 de julio de 1890 se inauguró en Santander, con un día espléndido por cierto, la plaza de toros de Cuatro Caminos. Me retrasé algo en sacar la entrada, y tuve que conformarme con un asiento de segunda o tercera fila de grada, de los menos codiciados. Llegado a la plaza, me costó un ratito, como a otros muchos, hallar la puerta que daba acceso a mi localidad; y otro tanto me aconteció una vez dentro del edificio. Iba yo envuelto en un pelotón de gente desorientada: medio corriendo por los pasillos, nos precipitábamos a lo mejor a una puerta, y el acomodador nos hacía ver que no era aquella la que nos correspondía. En estas andanzas, me tocó estar muy cerca de un joven, de treinta y tantos años, más bien alto que bajo, y no mal portado, aunque cursi, que no cerraba el pico y hablaba con voz clara y sonora, sin salir nunca de su tema: la plaza de toros de Madrid, su hermosura, su grandeza, su comodidad, lo bien entendido que estaba allí todo. Al segundo o tercer intento, dí yo al fin con mi grada; pero no así el madrileño, que, viéndose rechazado también de allí, alzó los ojos y los brazos al cielo, y con vibrante y honda emoción, que le salía de lo íntimo del alma, lanzó al espacio la siguiente mentecatez: «¡Plaza de Madrid, cuándo te volveré a ver!» Me pareció estar contemplando, en cuerpo y alma, al hueco y risible artista de *Tipos trashumantes*. ¿Hubiera él dicho más, ni tanto siquiera, en ocasión semejante?

EDUARDO DE HUIDOBRO



«Sacó luego (Bodoques) del bolsillo una bola de madera, del tamaño de una pelota; requirió su cachurra, que era de acebo con *porro* maigo y a la veta, y se fué a ocupar su puesto. Los demás muchachos se escalonaron prado abajo en dos filas paralelas, cara a cara, a la distancia de dos cachurras proximamente. Los últimos y en el último tercio del prado y bastante lejos de sus camaradas respectivos, se situaron, frente a frente, Cabra y Cerojas, entonces puso Bodoques la bola de madera, o sea la *catuna* o la *brilla* (que de ambos modos se llama) encima de una topera, previamente *amañada* se escupió las palmas de las manos; empuñó con las dos el extremo de la cachurra y gritó con toda su voz, sin dejar de hacer la puntería a la catuna:

—¡Brilla va!

A lo que respondió Cabra, su contrario, poniéndose en guardia.

—¡Brilla venga!

Y replicó Bodoques.

—¡A! que rompa una pata que la mantenga, y sino que la venda!

Dicho lo cual, hizo unas rúbricas en el aire con la cachurra y ¡plaf!..... allá fué la *brilla* rápida y zumbarido, por encima de los dos ejércitos en expectativa.

Pereda «El Sabor de la Tierra»—Cap. XVII—«La derrota».

Mi pequeño homenaje

Unos amigos a quienes en este como en otros casos, tengo que agradecer su buena intención, insisten en que he de escribir unas cuartillas para TRADICION, hablando en ellas de mi tío José María de Pereda, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, pero no se dan cuenta estos buenos amigos del empeño que he tenido en eludir este compromiso porque en asuntos de cuartillas ni soy nada «amañado», como decían nuestros aldeanos, ni siquiera sé, como otros dicen, «emborronarlas».

Confieso pues, que así como heredé de mi madre y de mis tios Pereda los manojos de nervios que adornan mi existencia y que tan agradables ratos me proporcionan, no heredé de mi tío José María sus aptitudes para manejar la pluma que él con tanta maestría manejó; heredé sí, como digo, los nervios, pero de esto de cuartillas nada, ni pizca. ¡Que le hemos de hacer! Cada cual es como Dios le hizo; descendiente tiene más cercano que yo, que lo hace con éxito y acostumbrado está al oficio.

Bien conocía mi tío esto de mi temperamento y no dejó de hablarme de ello en ocasiones—siempre se hereda algo de estos alifafes—me decía—y tú heredaste el de los nervios—y sin duda para consolarme y acaso pasa consolarse él también, porque si era maestro en cosas de letras, no lo era menos en nerviosidades que igualmente él padecía, tengo idea de que venía a decirme que acaso esto en la familia podía haber sido cosa de alguno de nuestros antepasados, yo no recuerdo de que linea que parecía había pintado a toda la descendencia (valiente pintura, aguafuerte podía haberlo llamado, pensaba yo) y por eso llegué a sospechar de que pudieran provenir los dichosos nervios, lamentando yo mucho no haber tenido ocasión de conocer a tal antepasado y haberle demostrado personalmente mi agradecimiento por tan señalado favor como nos había hecho, si así había sido, y del cual seguimos disfrutando una parte de los descendientes que andamos aún por el mundo, y médico me proporcionó con quien consultar y alivio tuve en mi padecimiento... pero aún colean y es de suponer que seguirán coleando.

En fin, dejando a un lado esto de los achaques, que después de todo a nadie le faltan, sirvan estos renglones para ofrecerle hoy el pequeño homenaje de mi

TRADICION

inutilidad, así como la manifestación de respeto y afecto que siempre le guardé, pagándole ahora de tal modo una muy pequeña parte de mi deuda de gratitud con él contraída, ya que fué muy frecuente que me guardase las mismas consideraciones que guardaba a su buenísimo hijo mayor Juan Manuel, de edad próxima a la mía, a quien consideré siempre como un hermano y que después de morir, al comenzar a vivir, a los veintidós años, acaso mi tío viese además en mi el recuerdo de su hijo con el que yo me había educado y había convivido.

Fué mi tío José María, hombre de fé arraigada, costumbres sencillísimas, vida patriarcal y del que con razón podía decirse que todo era corazón; genio fuerte en ocasiones, pero genio que era nube de verano porque pasaba pronto.

Su condición de observador que poseía en grado sumo, se destacaba pronto en él y he de referir un caso aunque sin importancia, que presencié, entre los muchos que pudiera recordar.

Pasando su acostumbrada temporada de verano en la casa de Polanco, me invitó a una excursión a Suances y allá fuimos en numeroso grupo de familia atravesando la ría de Requejada en la llamada y nunca olvidada «vapura de Quiterio».

Quiterio Díaz era entonces hombre fornido de abundante y hermoso pelo sobre el que nunca le vimos acomodar sombrero ni gorra y a quien mi tío José María llamaba Robinson, porque después de haber navegado varios años con el cargo de mayordomo en el vapor «Arnao», que rendía viaje en Requejada, se estableció en sitio hasta entonces casi abandonado, al otro lado de la ría, en Cortiguera, próximo a la falda de aquella pequeña montaña llamada «Masera de Hinojedo», había edificado su casita, establecido en ella una pequeña tienda y hecho luego su manera de vivir desahogadamente y a la par que se ocupaba de la labranza y de aquel erial convertido luego por él en terreno productivo, surtía en parte al «Arnao», que seguía haciendo sus viajes, hacía lo mismo con el «Reocín», cuyo capitán era entonces don Juan Fernández, bien conocido en Santander con el nombre de Juanín, persona de agradable trato y pronunciada sordera, procuraba sus pequeñas utilidades con los otros escasos vapores y veleros más que por allí cerca atracaban para cargar el mineral de Reocín de la Real Compañía Asturiana

TRADICION

y pasaba en su barca, atravesando la ría, a las gentes de aquellos contornos, hasta que el puerto de Barreda vino a echar por tierra este negocio.

Este era el bueno de Quiterio y ahora vamos a ver un poco lo que era la vaporeta que manejaba.

Formaba ésta, parte de su hacienda y si bien es verdad que no reunía las mejores condiciones marineras, ni creo ofreciese las mayores seguridades, puesto que en algunas ocasiones la vimos detenida en medio de la ría por averías en la máquina u otras causas parecidas, pudiendo en cambio decirse muy bien de ella otras veces, con el poeta «allá va la nave, quien sabe do va», ya que no sería difícil sucediera embarcar en Requejada y efecto de crónicos padecimientos, su máquina o su timón no funcionasen con la debida regularidad y llegase a saludar su proa a las olas del encrespado mar, sin embargo, aunque medianamente y para el fin a que estaba destinada cumplía su cometido y sobre todo allí estaba su dueño que con su pericia y su buena voluntad resolvía las dificultades, a todo proveía y nada pasaba que no fuesen pequeños percances.

Llevaba generalmente atravesada una planchada que se utilizaba al llegar al punto de destino para desembarcar y embarcar lo más cómodamente posible a sus pasajeros. Quiterio y un chico eran el personal de a bordo.

Y esta era la vaporeta con la que Quiterio hacía el servicio entre Suances y Requejada, que mi tío había alquilado para obsequiarnos aquel día... y no había otra, o esta o nada y fuimos atravesando la ría y oyéndole contar muchas cosas y escuchábamos a Quiterio que nos hablaba de su vida y aventuras y así llegamos a Suances, término de nuestro viaje, Quiterio colocó la planchada y saltamos a tierra.

Visitamos y curioseamos lo que pudimos, admiramos aquellas vistas deliciosas y aquellos panoramas incomparables, que fueron luego escenario de «La Puchera» y después de un recorrido por el pueblo entramos en el comedor de una de las fondas de San Martín o el Paraiso, que por allí existían, a tomar un tente en pie.

Había en el comedor un grupo de veraneantes, huéspedes de la fonda, que reía

TRADICION

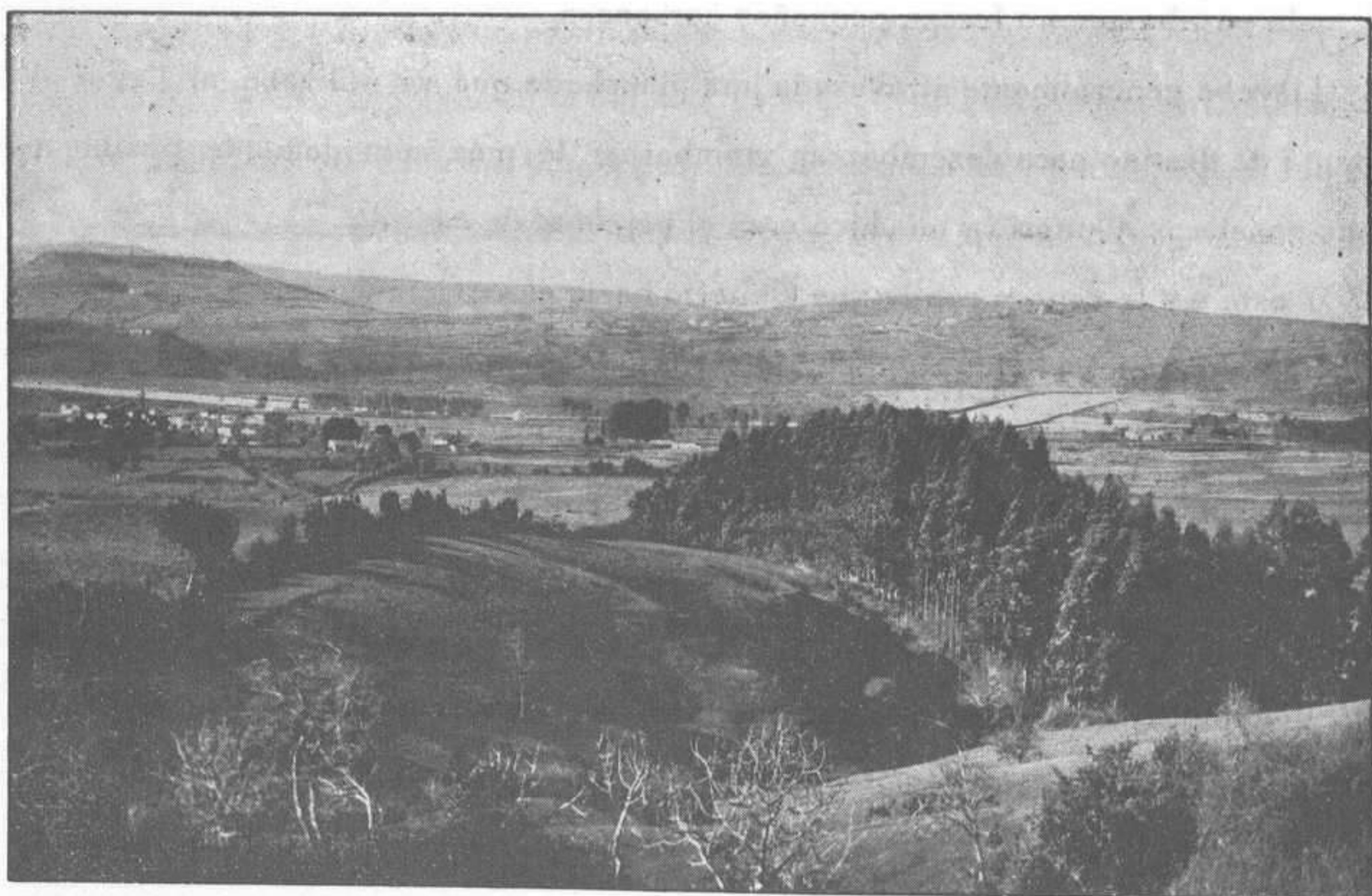
con gana las ocurrencias de uno de ellos de más edad que los otros. Mi tío José María se fijó enseguida en el grupo, le observó atentamente y dirigiéndose a mí que me había sentado junto a él, me dijo.

—Mira, ¿ves ese Señor que habla tanto? Pues en casi todas las fondas hay siempre un señor mayor como ese, que entretiene a los otros huéspedes y les hace reír.

Y era cierto lo que decía; su condición de observador se había manifestado por entrar en aquel comedor y se había dado cuenta rápidamente de todo. Boris de Tannenberg, lo dice en su obra *L' Espagne litteraire*, «La observación de las fisonomías, de los gestos, de los movimientos es en particular en él (en Pereda), de una justeza, de una precisión sorprendente; no es fotografía como se ha dicho, es cinematógrafo.....» y en efecto, todo estaba dispuesto, la película había comenzado a impresionarse.

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ-CALDERÓN DE PEREDA.

Santander, 6 de febrero de 1933.



El escenario de *La Puchera*.—El Barrio de Mar, de Polanco; la Masera de Hinojedo; Suances (a lo lejos), y la ría de Requejada, tantas veces recorrida por la «vapora de Quiterio».

E v o c a c i ó n

¡Viva Coteruco libre!

Pereda.—Don Gonzalo González de
la Gonzalera.

Hay un canto de salmos funerales que rompe la distancia y trae del pasado claridades de vida a través del oscuro de la muerte. Hay un rumor de oraciones calladas que llevan al misterio interrogante del más allá la profesión de fe de los que creen, la blanca profesión de fe de los idealistas y los soñadores; de los que tienen el alma borracha de melancolía y de añoranza, la blanca profesión de fe de los que tienen en el corazón clavada la aristocrática tristeza de una flor de lis.

Llora la tierra su lluvia suave, triste, que hace retoñar en las almas el musgo de la melancolía. Llora la tierra su lluvia plomiza y constante que marca en las piedras de las casonas húmedos surcos de resbaladiza verdura por donde deslizan su lenta caída las lágrimas de los tejados, y miente en la tierra pindia canales y lagos donde coclean las almadreñas al huir de los ramalazos del agua. Llora la tierra su húmeda tristeza mientras Peña Sagra recorta sobre el cielo el ceño adusto de su mole imponente, mientras un caballejo afianza sus cascos en el resbaladizo suelo y descende la ladera que en el valle termina.

Fuera hierve y se estremece un caos de locura que agitan vientos de modernismo. Gimiendo sus dolores España trata de aplacarlos en opio afrancesado y se intoxica de literatura enciclopédica, mientras sus petimetres lucen velados ojos tristes sobre barbas a lo Espronceda y mienten agrios vinagres, enfermizas blancuras sobre el moreno rostro de las bellas. Becquer gime sus rimas neuróticas y Larra ahoga en galicismos su genio de novelista atormentado que vivió la española en la predicción gitana de su futuro trágico en que tras la salva solitaria de un disparo de bruces sobre la muerte, sus ojos abiertos al más allá serían dos interrogantes más en el misterio del ser o no ser. Don Carlos levanta en el norte la rebelión de su bandera y boinas rojas y morriones liberales juegan a la guerra sobre el fondo de polícromo de Iberia. Parten los curas a la facción con el fusil

TRADICION

bajo los hábitos, y la tonsura cabeza desnuda a la belicosidad del viento y el personalismo español del guerrillero irgue su vocación sobre las cumbres de Vizcaya. La España del ochocientos salva su pintoresquismo bajo el sol del Norte que luce sobre la carlistada su pandereta torera. Mientras la tierra sigue llorando su lluvia y el jinete del caballejo escribe sobre una peña.



El valle tiene una quietud extraña bajo el techo plomizo de las nubes, una extraña quietud dormida en el fondo de las brumas lejanas, en los límites el horizonte esmerilado en luces suaves, en las esquinas de los montes esmaltadas de azules. Las gotas de lluvia sobre las plantas tienen brillo de collares antiguos, de antiguos collares familiares años y años conservados que parecen tener en vez de perlas bolas de naftalina. La plata de un claro, asomando entre los picos rima con la cabellera que hiergue sobre la cabeza del solitario escritor su crespo airón rebelde. Los suaves ojos velados en que la melancolía del recuerdo de una muerte que pone añoranzas de cruces en las páginas de sus novelas esmerila de tristeza el cristal de la mirada, contemplan las blancas cuartillas en que las luengas manos

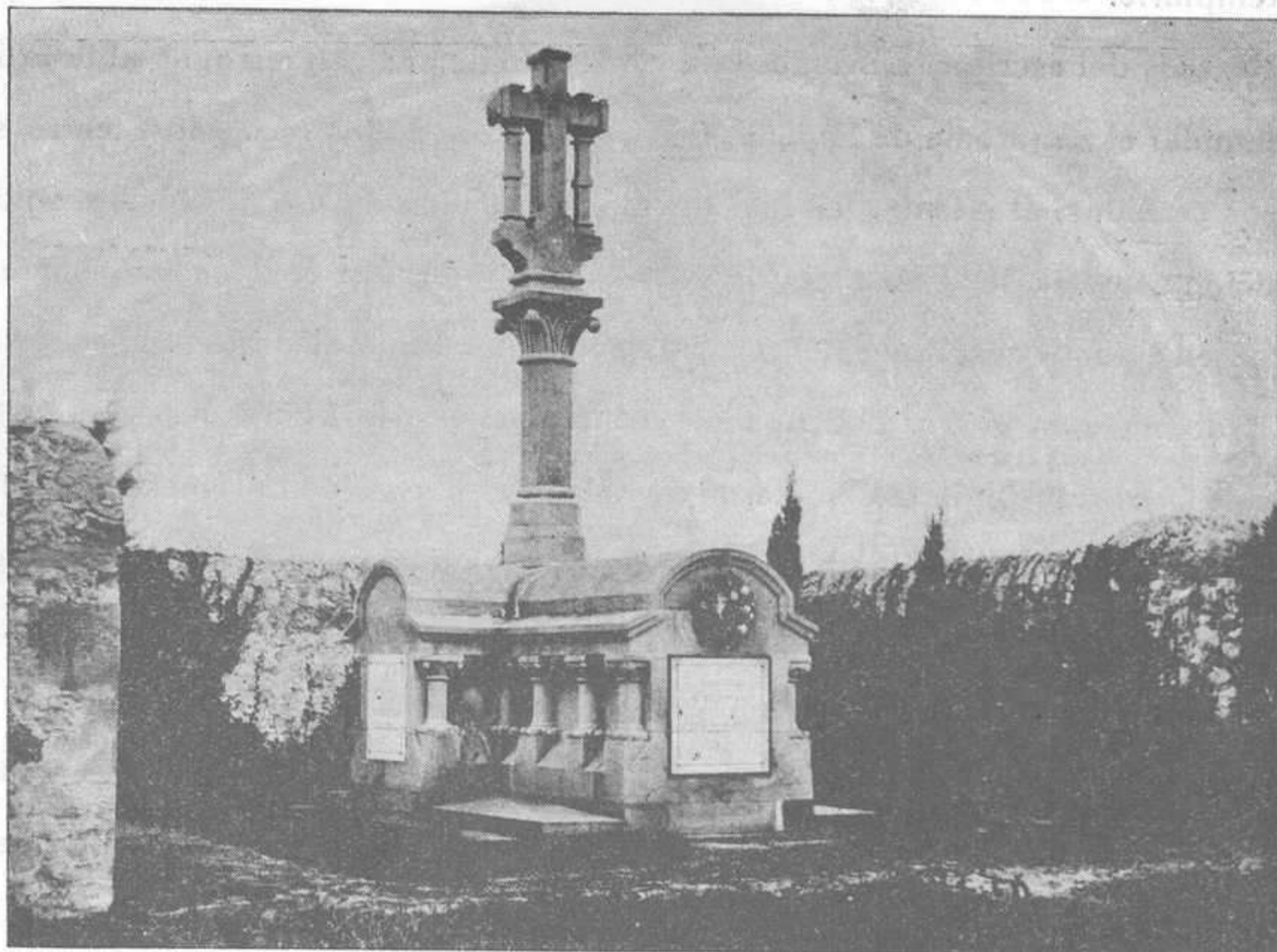
TRADICION

maceradas y enjutas van virtiendo palabras proféticas. Sobre la sensualidad de la boca, firme y socarrona, los interrogantes de los mostachos se unen al amplio camino de plata de la perilla que luce su brillo mate de joya antigua sobre el amplio cuello almidonado, sobre el fondo oscuro del holgado traje independiente que da a su dueño un aspecto anacrónico, cual si el tiempo hubiese detenido su andar por contemplarle.

Los ojos del escritor, cansados con cansancio de penas interrogan al futuro al contemplar el panorama de España. En la triste hora de los recuerdos, entre sus brazos cerrados, al intentar apresar la vida, sobre el vacío y la desilusión, solo la tradición conserva la verdad de su eterna juventud entre los fantasmas que no fueron en el lento desgranar del rosario de los días. En la piedra de su pecho sostén y tabernáculo, la cruz del Dios que triunfa en el triple lema descansa la madera de sus brazos abiertos en eterna invitación al abrazo, en promesa eterna de perdón. Hay un silencio sepulcral y una dulce serenidad en el húmedo valle montaños. El escritor calla. Refugiado en sí mismo opone a los ataques de la incomprensión la coraza de su hermetismo. A fuerza de mucho sentir concluye por no expresar sus sentimientos y acaba por no hablar a fuerza de pensar mucho mientras su amor y su ilusión prendidos en la sombra pálida que desde el más allá rige su ensueño, se refugian en el recuerdo de un beso que es para él como un beso del recuerdo. Los negros nubarrones, cruzando el horizonte, ponen sombras de pesimismo en la cansada frente, con arrugas de años y tristezas. Es la hora negra de las melancolías. La triste hora negra en que la luna de los desilusionados pone cansancio de plata en las frentes que han vivido. La triste hora negra en que de puntillas sobre el sueño del recuerdo se derrama el homenaje del llanto nostálgico que aroma de melancolía las noches solitarias. Ante sus ojos, cerrados por ver dentro de sí lo que aun es futuro por fuera, alzan fantasmas democráticos la amenaza liberal de sus ideas. Las flores de lis blancas y simbólicas, agostan sobre la tumba de un tono legendario su romántica lozanía. Arden en llamaradas ateas, en rojas llamaradas con recuerdos de martirios primitivos, los viejos templos barrocos de antiguas imágenes desconchadas, dormidas en los lechos de las horna-

TRADICION

cinas, y nuevos bárbaros destrozan a Roma, la mística Roma legendaria, con perfumes, de cardenales e ingenuo aroma infantil de primera comunión al grito de viva el pueblo soberano. Sigue el desfile alucinante de fantasmales visiones. El escritor inclina la blanca cabeza, abrumada y doliente y la irgue después en orgulloso gesto de desafío.



Mausoleo de Pereda en Polanco.

Llora la tierra su ténue lluvia desconsolada. Don José María Pereda comienza a escribir Don Gonzalo González de la Gonzalera.

* * *

Bajo el temblor funeral de los cirios del recuerdo, viene a nosotros del frío misterio del más allá la sombra de don José María de Pereda. La cofradía de los soñadores despliega ante él la avanzada de sus chambergos, en saludo y homenaje que destaca las frentes pálidas que saben de románticos ideales. En el cafe-

TRADICION

tín bohemio nuestra pobre literatura sentimental remoja en españolismo puro su melancolía decadente mientras sobre el musgo de los divanes, de un verde pálido de roce, los espejos mienten maves dormidos tras la neblina del cigarro. Triunfa la tradición y la Montaña en el centenario recuerdo del poeta muerto, y la sombra de don José María de Pereda, parece elevar con nosotros su brindis emocionado.

Nada se ha perdido Señor, ¡más firmes que nunca en una lucha que es santa y es bella. Para los que callamos, para los que sentimos, es dulce luchar, aunque el triunfo esté lejos. Nada se ha perdido Señor!. Como hoy vuelve a nosotros la sombra pálida del novelista tradicional, volverá también vuestra pálida sombra desterrada, y a los bélicos sonos de la marcha que vuestra vuelta salude, como hoy repetiremos. En alto los vasos, Señor, nada se ha perdido!

MANUEL POMBO ANGULO.

Pito Salces

Como negarme, siendo como soy uno de los más viejos admiradores del gran artista, pintor y poeta de nuestro terruño regional, del novelista eximio, de uno de los príncipes de la literatura hispana, del caballero montañés, honra de la raza, de don José María de Pereda; como negarme a contribuir con mi pobrecita hojuela de las «cajigonas» de la «Tierruca» a la corona que en este homenaje centenario tejen los hombres mejores de la Montaña de Castilla... ¡La Montaña misma!

¿Pero de qué árbol arrancaré con mi siempre débil mano, y aún más debilitada por la fría presión de los años, esa hojuela?

Que me ayuden los mismos personajes a los que el novelista infundió vida con los pinceles realistas de su arte admirable, de su observación aguda, segura, inequívocada, de su talento de escritor de los del «Siglo de oro».

Muchos, muchos de los «hijos intelectuales de Pereda no nacieron de su rica fantasía, de su imaginación fecunda, hermanada con la realidad de las cosas, de los tipos vivos, de las almas y caracteres, de la Naturaleza bella y magnífica de la Tierra; de su poderosa fuerza psíquica que sabía sacar oro de las escorias y lágrimas del fango, y haciendo que por ellas atravesara un rayo de luz, convirtiéndolas en joyas de valor inestimable... No, fueron seres que vivían, y a los que sorprendió el ojo penetrante del halcón del Parnaso, transformándolos, sin perder en nada su personalidad natural, en tipos artísticos; ganando en esto, como en la pintura de caracteres y costumbres, de análisis psicológicos—que les hizo magistrales con la simple descripción y prosopografía del personaje, con la presentación del movimiento del tipo—, de meter por las pupilas de la imaginación de sus lectores todas las bellezas y hermosuras de los paisajes, blandos e idílicos, suaves y de égloga de Garcilaso, o de Meléndez, o grandiosos, solemnes, abrumadores, y la soberbia magnificante y temerosa del mar bravío de nuestrascostas; ganando en

TRADICION

esto no ya al sencillo Trueba, el Antón de los cantores, a la sensible y delicada Cecilia Böhol, sino al mismo Mesonero Romanos.



Pito Salces, uno de los héroes de «Peñas Arriba» cuyo nombre era 'Eladio, ya de edad avanzada y casi ciego, frente a su casa de Cossío, en Tudanca.

¿Queréis un ejemplo entre mil?

Pues ahí tenéis a los actores de esa *Epopeya* sin rima, de nuestras cumbres, de nuestras «Peñas arriba»... El señor de Provedaño; don Celso, el patriarca democrático de Tablanca; el simpático Mediquín; la interesante Lituca; el pantagruélico don Pedro Nolasco; el humilde cura don Sabas, que en las alturas se transformaba en cantor bíblico, un rapsoda de Dios y de su magna obra; el *acaldador de morios* caídos; Chisco, el mozallón de genuína estirpe cántabra, noble, leal, valiente, sereno siempre... Pito Salces, amigote y compañero de Chisco, deslabazado, pero recio y fuerte, impulsivo, nervioso, astuto, impaciente, marrullero, derritible de amores por la buena Tasia; Pito Salces, el bárbaro heroico de la bárbara aventura de la caza del oro, en compañía de su amigo y del mismo Marcelo, heredero

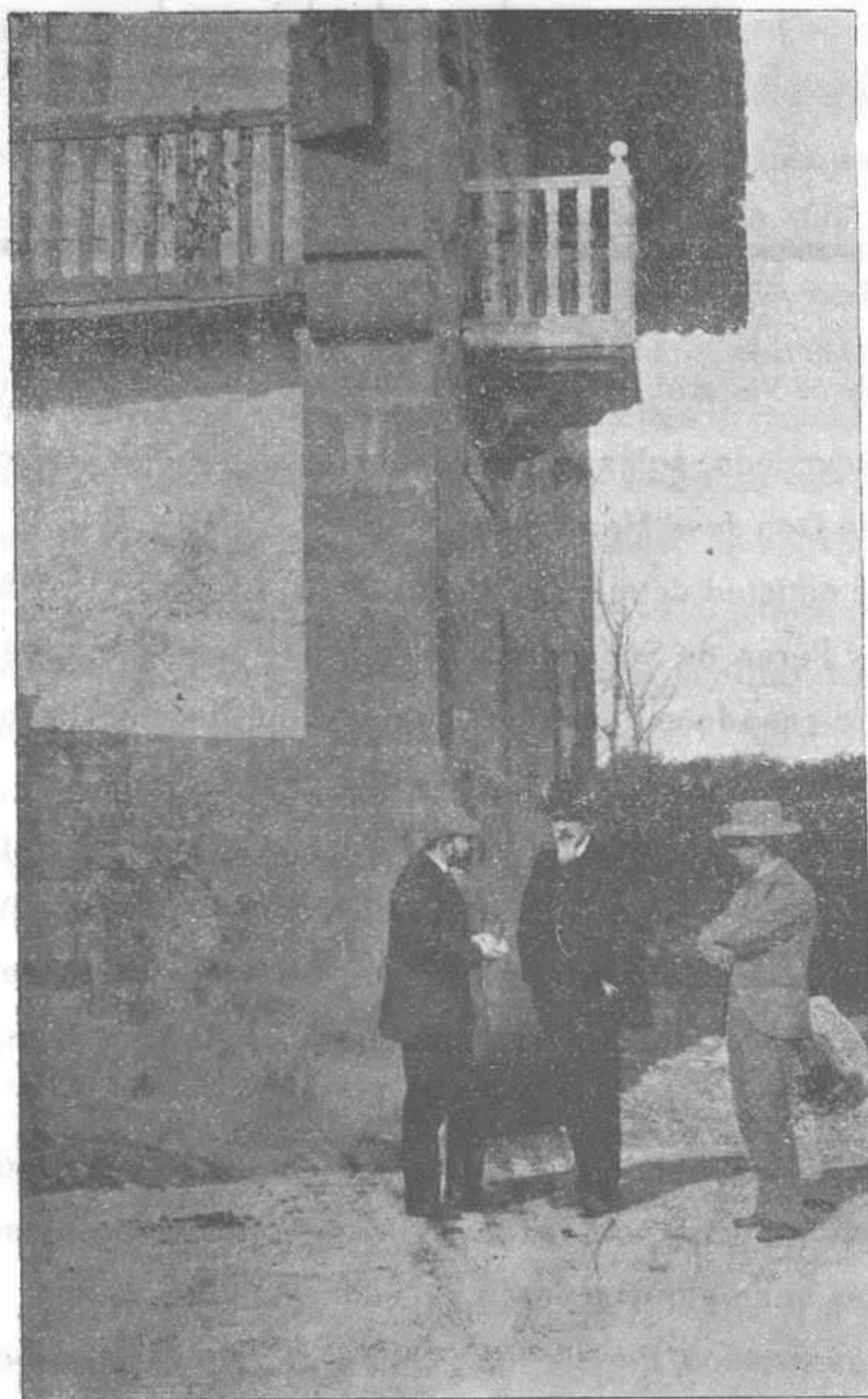
TRADICION

del Patriarca, todavía no adoptado a las breñas opresoras para sus hábitos exquisitos de habitador del «gran mundo»; Pito Salces que con naturalidad simplicísima, sin dar la menor importancia a su temerario acto de abnegación y heroísmo, salva, jugándose impertérrito la vida, a Chisco en la trágica nevada; Pito Salces, al que ya viejecito, hemos conocido sentado ante su casuca de la agreste Tundanca...

Este Pito Salces es como un modelo de pintor colocado en el escenario magnífico de la Montaña, y trasladado vivo, con plenitud de vida plástica y moral, al lienzo velazqueño del insigne novelista...

Y no dá más de sí la pobre hojuela del viejo roble.

EVARISTO RODRIGUEZ DE BEDIA.



Don José María de Pereda al pie de la Casa en la que nació en Polanco; a su derecha, don Agabio de Escalante, hermano de don Amós, el autor de la hermosa novela «Ave Maris stella», y a su izquierda, don José M.^a Quintanilla, ameno y genial publicista, cuyo pseunónimo fué «Pedro Sánchez».

Recuerdos de Pereda

en el Palacio de Villacarriedo

Entre las sombras venerables que, ante el conjuro evocador, acuden a cita en el Palacio de Villacarriedo, solar de mis mayores, una de las que ocupan un plano principal es la de Don José María de Pereda.

La entrañable amistad de mi querido padre (q. s. g. h.). Don Fernando Fernández de Velasco y Pérez de Soñanes, con el ilustre novelista, fué una amistad de toda la vida. Pero cuando se hizo más íntima y cordial, fué cuando el futuro autor de «Sotileza» se declaró carlista, allá por el setenta y tres, y se armó la de San Quintín en la famosa redacción de «El Tío Cayetano», el simpático semanario satírico santanderino, en cuyas lides periodísticas habían convivido tantos años y donde acaso conocieran juntos al gran Don Marcelino Menéndez y Pelayo, apenas un muchacho a la sazón, que acompañase a su tío Don Juan, el reputado cirujano.

Desde la fecha aquélla, como ya dije antes, la amistad de Pereda y de mi padre tuvo un nuevo motivo y una razón nueva—la pasión política—que es una de las cosas que más unen y que separan más en esta vida.

A raíz de estos sucesos, Pereda fué a Suiza—a Vevey—a conocer a Don Carlos personalmente y a ponerse e sus órdenes, acompañado de mi padre, que era el Jefe de la Junta Legitimista de Cantabria, cargo que años atrás, durante el primer Carlos desterrado, había desempeñado mi abuelo Don Luis Fernando de Velasco y Sota-Herrera.

Fué por aquellos memorables días, de buen recuerdo tradicionalista, cuando salió triunfante Don José María por el distrito de Cabuérniga en las primeras Cortes de Don Amadeo de Saboya.

Luego vino la guerra, con su cortejo de persecuciones y destierros, y tuvieron que vivir separados por las vicisitudes que cada cual atravesó. Las distintas aficiones de cada uno, les llevó de la mano por caminos distintos, aunque guiados

TRADICION

por la misma estrella, que era nuestro ideal, tres veces santo. Y mientras el uno siguió entregado a la política, el otro continuó su ruta literaria, que le había de colocar en el más alto escalón de la gloria.

Al final de su vida, Pereda volvería a frecuentar el palacio de Soñanes, pero no conspirando como al principio, sino por puras causas de amistad, en busca de descanso. La semana anterior a los Difuntos y al hacerse la clásica matanza del «chón», antes de Navidades, sería raro que Pereda faltase su acostumbrada temporada. Pereda y los amigos de la época que han hecho inolvidables en los anales de la literatura montañesa aquellas lejanas veladas de casa de mis padres, que constituyen uno de los recuerdos más fuertes y emotivos de mi niñez.

En nuestra casa de Carriedo, la memoria del excelso novelista no la podrán borrar los años. Pero que aún después de que rindamos el tributo a la muerte los hijos de Fernández de Velasco, quedará, entre retratos familiares, en un rincón de la biblioteca, el hermoso bargueño que regaló a mi padre el novelista correligionario, y oculto en uno de sus cajones, como un tesoro excepcional, el manuscrito original de «El Sabor de la Tierra».

GONZALO FERNÁNDEZ DE VELASCO.

Villacarriedo

El abanico de la Sra. de Pereda

Un autor español, cuyo nombre se fué de mi memoria, aunque podría asegurar que anda la cita entre Moratín, hijo, y un fabulista del siglo diez y ocho, dice que el abanico es «mueble inútil».

Mas Dios me libre de abundar en tan injusto juicio. Bastarían razones de aborlengo, de heráldica, como quien dice, para darle patente de utilidad preciosa.

Por otra parte, en muchas épocas y en muy distintos países, algunos abanicos han alcanzado precios fabulosos. Tal vez los españoles fuesen los menos fanfarrones, porque la tarifa máxima de nuestras fábricas levantinas acaso no sobrepasara las quinientas pesetas, pero en Viena y en Londres y Oriente, donde tuvo su cuna, se han construído verdaderas joyas con destino al comercio, y en París, una casa vendía estos antiguos confidentes de la coquetería femenina al respetable precio de 25.000 francos, cuando la divisa monetaria francesa estaba por encima de la nuestra.

Sólo la historia del abanico en Francia podría dar materia para un grueso volumen, haciendo exacto el tópico, desde que Catalina de Médicis introdujo la moda del gracioso artefacto, hasta alcanzar la apoteosis del lujo y la magnificencia en el deslumbrador reinado de Luis XV, cuando la riqueza de las cabritillas y de los tafetanes del varillaje no se podía apreciar por los brillos del oro y las piedras preciosas de que estaban cuajados.

Todo esto sin meternos en dibujos, como podríamos decir con tanta propiedad, recordando como Glaize y Wateau y hasta el mismo Rubens pintaron abanicos.

Salgamos por los fueros de este airoso utensilio, hoy en desuso, quizás vencido por el estuche del rouge y de los polvos, viejo tema de tantos madrigales, y bastando acaso un venturoso y discreto aliado de nuestras abuelas en vísperas de novias, en los días en que el *flirt* no pasaba de ser un galanteo de buen tono.

Especialmente si el pintor o el poeta prestigiaban un abanico, la tela o el papel perdían el valor de la materia, para adquirir la excelsitud de la obra de arte.

Como excelente caso demostrativo nos queda el abanico de la Sra. de Pereda, doña Diodora de la Revilla y Huidobro, un costoso y artístico abanico con pintu-

TRADICION

ras de Gomar y Manzano por un lado, y por el otro, autógrafos de firmas nacionales, recordatorio del paso por Polanco de ilustres personajes; abanico famoso que la dama guardó como oro en paño de por vida, más aún que por lo rico por ser regalo de su esposo, el novelista excepcional, de quien ha dicho uno de sus biógrafos que «una de sus satisfacciones más íntimas era ver cómo en la compañera de su hogar se reflejaba la gloria que él conquistaba con sus libros, y cómo se rendían frecuentemente, a su virtud, a su discreción y a su modestia, las sales del ingenio ajeno».

Por eso es que nosotros, en esta fecha del centenario de Pereda, traemos a colación el célebre abanico, en la seguridad de que el Maestro, desde su solio de la inmortalidad, verá con gusto nuestro humilde homenaje, ya que en él se compendian dos predilectos amores de su vida: su esposa y sus amigos.

En él dejaron huellas de su ingenio Pérez Galdós y Palacio Valdés, Serrano y Fernández Guerra.

En él puso Tamayo el aire bailarín de una graciosa seguidilla:

«Vale mucho Pereda,
me oye exclamar
un montañés, y dijo:

—Diodora más:

Yo le doy fé,
porque Pereda es hombre
y Vd. mujer».

Campoamor, el capullo morado de una humorada:

«Aunque el amor suele morir de hartura,
lo que nunca se hastía es la ternura».

Menéndez y Pelayo, la pompa clásica de una solemne octava real:

«Por el perfume de azahar difuso,
el naranjo escondido se revela;
el pebetero con olor profuso
denuncia los tesoros que en sí cела;
el alma donde Dios su huella impuso
a otra alma rige y en sus obras vela;

TRADICION

si en sus obras hay luz, paz y hermosura,
es porque emanan de otra luz más pura.

Pedro Antonio Alarcón, un delicado madrigal vestido de cantar:

«¡Cuando mires estos versos
al tiempo de abanicarte,
piensa que la dicha es humo,
piensa que la vida es aire!»

**Núñez de Arce, la castellana nota de un croquis de romance, raro lujo en su
lira enamorada de las rimas perfectas:**

«Feliz quien reciba el beso
de las cantábricas auras
que dan al cuerpo energía
y dan vigor a las almas.
Cuando en la vida y el llano
se condensan los miasmas,
llano y vida purifica
el viento de las montañas».

Sellés, la perfección de dos quintillas escultóricas, con unidad de décima:

«La mujer no hecha al rigor
de los estudios prolijos,
ni otra ambición que el amor
tiene, ni trono mejor
que la cuna de sus hijos.
Hasta la ropa talar
que, con perpetuo embarazo,
entorpece vuestro andar,
os la dieron como un lazo
para ataros al hogar».

Y su paisano don Amós de Escalante, la flor de un madrigal, un tanto almidonado de erudita tiesura:

«Vate que en abanico canta y llora
de perfidias del aire hace argumento;

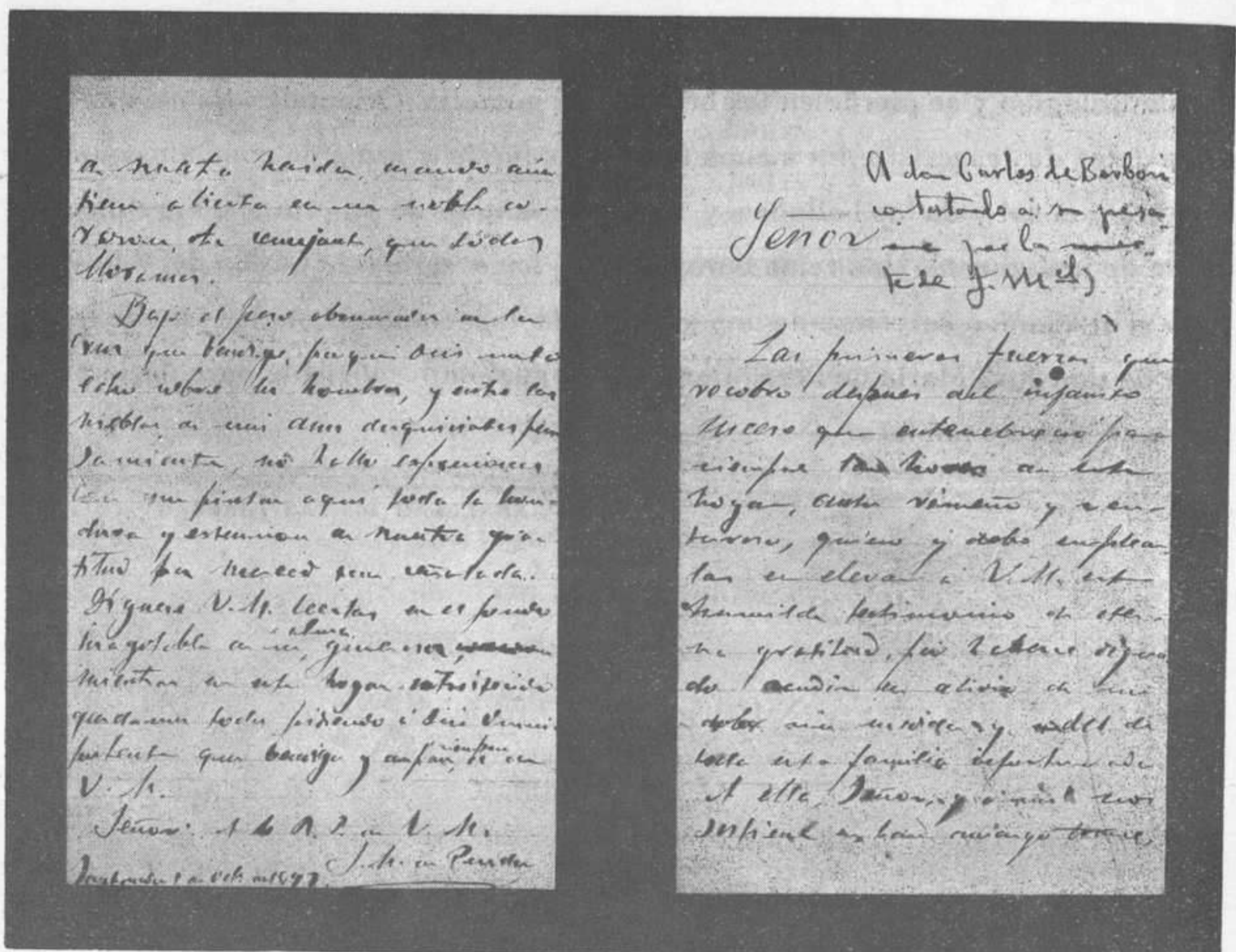
TRADICION

pregúntale, señora,
si el aire apaga, si deshoja el viento,
la luz del genio que en las cumbres mora
y la escondida flor del sentimiento».

El abanico tiene una brillante historia bella. Su origen es hermano del de un dios mitológico y se pierde en las brumas del misterio Oriental, allá más de mil años antes de Jesucristo. En manos femeninas fué feliz arma de combate contra el hombre y el sol y en las belludas y morenas manos de un príncipe argelino, fué causa de una guerra. Una reina europea creó hace siglos, la Orden del Abanico. Pero si el abanico careciese de una genealogía tan empingorotada, éste de la señora de don José María de Pereda sería un argumento suficiente para darle prestantia y carta de nobleza.

EL CABALLERO DE LAS LISES.

la luz del geolo que en las cumbres more
al aire agora, el deshoja el viento
preguntala, señora



Reducción fotográfica de la primera y cuarta plana de la carta autógrafa de Pereda a don Carlos, cuya copia transcribimos íntegramente en estas mismas páginas. Dicha carta es contestación a otra de pésame por la trágica muerte de su hijo Juan Manuel, cuando el insigne novelista se encontraba escribiendo «Peñas Arribas».

Carta de Pereda a don Carlos

Señor:

Las primeras fuerzas que recobro después del infausto suceso que entenebreció para siempre las horas de este hogar, antes risueño y venturoso, quiero y debo emplearlas en elevar a V. M. este humilde testimonio de eterna gratitud, por haberse dignado acudir en alivio de mi dolor sin medida y del de toda esta familia infortunada.

A ella, Señor, y a mí nos sostiene en tan amargo trance, la fe heredada; la consideración puesta en las raras virtudes, en la perfección cristiana del idolatrado hijo; en la fuerza misma del horrendo contraste que forman la pureza y castidad de la vida, y lo inesperado, súbito y espantoso de su acabamiento, prueba bien notoria de lo misterioso e inexcrutable de los designios de Dios; en la esperanza, en suma, de que nos aguarda y hemos de hallarnos pronto en la Patria feliz hacia la cual caminamos con la cruz de nuestros dolores entre las espinas de este valle de amarguras.

Pero independientemente de este orden último de reflexiones, queda la carne débil, el pedazo arrancado de nuestro corazón; la herida que sangra, el dolor que atormenta; y para estos grandes martirios, son bálsamos consoladores, las almas generosas que acuden a acompañarnos en las tristes soledades de las nuestras.

Por misericordia de Dios, no hemos carecido de estos consuelos; pero ninguno de ellos, Señor, ha sido de tan poderosa eficacia como el que se ha dignado enviarme V. M. en su inmerecida carta, a la cual avaloran más aún que la elevadísima procedencia, la hermosura de sus conceptos y la consideración de que, en su paternal solicitud, se acuerda V. M. de nuestra herida, cuando aún tiene abierta en su noble corazón, otra semejante que todos lloramos. (1)

Bajo el peso abrumador de la cruz que bendigo, por que Dios me la echó sobre los hombros, y entre las nieblas de mi aún desquiciados pensamientos, no hallo expresiones con qué pintar aquí toda la hondura y extensión de nuestra gratitud por merced tan señalada.

Dígnese V. M. leerlas en el fondo inagotable de su alma generosa, mientras en este hogar entristecido quedamos todos pidiendo a Dios Omnipotente que bendiga y ampare siempre el de V. M.

Señor: A L R P de V M.

J. M. DE PEREDA.

Santander, 5 de Octubre del año 1893.

(1) N. DE LA R.—Probable alusión a la muerte de doña Margarita, acaecida en Viarregio el 29 de enero del mismo año.

En el centenario de Pereda

Todo aquel que se precie de buen montañés, no puede, en el centenario del nacimiento del insigne por todos conceptos don José María de Pereda, dejar de rezar una oración por su alma y tener un recuerdo de reconocimiento por los beneficios e importancia que en todos los órdenes de la vida dió con su nombre a la Montaña, tan esclarecido varón, que supo difundir por el mundo entero su arte, su estilo único en sus libros deleitándonos cuando niños en «Escenas Montañesas», y, ya hombres, con la narración inimitable de costumbres y descripción de los parajes más bellos de Cantabria, esculpidos en «El Sabor de la Tierruca», «La Puchera», «Sotileza» y en «Peñas Arriba», obra cumbre de descripción.

Si en este aspecto le admiramos, en el orden político no debemos dejar de reconocer la influencia que ejerció en el último tercio del siglo pasado, cuando resurgieron en Santander, pujantes, las ideas salvadoras de la Tradición, después de haberse adormecido un tanto con la terminación de la guerra Carlista y la emigración de las personas más principales que la sostuvieron.

Quien tuvo la suerte y el honor de honrarse con su amistad, no podrá menos que recordar, en este día y siempre, las enseñanzas que encerraban sus palabras, el entusiasmo que ponía en todo aquello relacionado con la Tradición y así se deja ver en sus obras.

El que escribe estas mal pergeñadas cuartillas, identificado desde aquellos casi remotos tiempos con las ideas del señor Pereda y unido a él por una amistad, lo suficiente para apreciar en todo su valor las dotes de buen Carlista y de amor a la Causa, no puede menos que por sí y en nombre de todos los tradicionalistas de la Montaña, rendir justo homenaje de pleitesia a la memoria del varón ilustre y consolarnos en cierto modo de que ha dejado un vástago que, siguiendo las huellas de su padre, comparte con nosotros las alegrías y contrariedades que traen consigo el ostentar el glorioso lema Dios, Patria y Monarquía, que, dígame lo que se diga, es el que ha de salvar a España, y comprendiéndolo así se agrupan bajo esta bandera todas las personas de buena voluntad creyendo que, únicamente

TRADICION

abrazados a este ideal, es como pueden conseguir la felicidad de esta nación merecedora en todos sentidos de mejor suerte.

Cuando España había emprendido el camino de la perdición, no pudiéndose contener la avalancha del liberalismo, que atropellando todos los obstáculos que se le oponían concluyó por inundar todos los ámbitos de la nación (dejándola en el estado actual) asfixiada, don Carlos, empuñando la bandera, trató desde su destierro levantar aquellos ánimos adormecidos y lo consiguió afortunadamente en las regiones que mejor comprendían las santas ideas sustentadas por el Caudillo, como Cataluña, Vizcaya, Navarra, Guipúzcoa, Alava, el Maestrazgo, etc. Y llegaron sus destellos a Cantabria, donde al conjuro de varones ilustres como los Pereda, Calderón, Velasco, Mazarrasa, Cereceda, Solares y tantos otros, se formaron círculos donde nos congregábamos viejos y jóvenes y oíamos la voz de ilustres conferenciantes que iban infiltrando en nuestros pechos las ideas salvadoras de la Tradición, constituyendo esto en aquella época una virtud imponderable si se tiene en cuenta el sentido liberal de la población y lo reciente de la guerra Carlista, que aquí es donde más repercutió.

En todas las iniciativas y proyectos presidía siempre la figura tan respetable de don José María, siempre le citábamos con orgullo ante nuestros enemigos. Y como nos entusiasmaba el decir a los cuatro vientos, ¡don José María de Pereda es Carlista!

JOSÉ DE LA LASTRA.

Jefe Regional de Cantabria



Francisco Andrés (Chisco), otro de los personajes de *Peñas Arriba*, compañero de aventuras de Pito Salces, y sirvientes los dos de la casona de Tablanca; el espolique de Marcelo Ruiz de Bejos, al que acompaña desde la estación del ferrocarril de la villa, hasta su llegada a la casona.

«Llevaba en la mano derecha un palo pinto, y debajo del brazo izquierdo un paraguas azul muy grande y con remiendos». —*Peñas Arriba*.— página 30.

Don José M.^a Gao García, actual párroco de Navajeda, que fué monaguillo en la iglesia de Tudanca (Tablanca) sobrino de don Senen Gao (don Sabas) y acaso el único superviviente de Peñas Arriba.

Fué portador del farol con el que acompañó al Santo Viático, que en aquellos solemnísimos momentos, se administró a don Antonio de la Cuesta (don Celso) en la casona de Tablanca, hacia el año 1890; ...«y el tañido constante de la campana de la iglesia, repetido ya por el débil tintineo de una campanilla de monago que aun no había surgido de la obscuridad. De pronto apareció en la altura un bulto menor que los otros, con un farol de dos luces: este era el monago de la campanilla, y hasta se le distinguía en la mano cuando la sacudía para que sonara. Detrás del monago»... —Pereda—*Peñas Arriba*.—Pág. 512.

Recuerda el señor Gao, testigo de aquel acto grandioso, que toda la escalera de la casona se hallaba adornada con ramos de laurel y la habitación del moribundo con colchas de Damasco, y tanto la escalera como la habitación, llenas de gente con velas en la mano, según Pereda nos lo describe en *Peñas Arriba*.

Recuerda, asimismo, la estancia allí de Pereda, visitando las casas, asistiendo a concejo y hablando con don Sabas.



Don Senén Gao Gutiérrez (don Sabas). Nació en Barcenilla de Cabuérniga en el año 1833, el mismo en que nació Pereda. Fué durante treinta y cuatro años párroco de Tudanca (Tablanca) y murió en su pueblo natal de Barcenilla de Cabuérniga, a los 78 años de edad.

La presentación que de él nos hace Pereda en *Peñas Arriba*, es en la tertulia que en la cocina de don Celso tienen los amigos del señor de la casona, «...un señor cura muy corpulento con balandrán de paño, gorro de terciopelo raído, y entre manos, una cachavona muy recia» (pág. 75).

Don Sabas que acompaña a Marcelo a las alturas de aquellas montañas en las que el Creador nos hace ver su omnipotencia en aquellos panoramas tan bellos, unos, y tan grandiosos, otros, ante los que don Sabas se descubre alabando al Señor.

Don Sabas, que en día de memorable nevada arriesga su vida con otros tablanquenses para salvar a Pepazos, quizá envuelto por la «cellerisca» de nieve, y ...«que no faltaba nunca a esas llamadas, por considerarse necesario como cualquier otro para atender al negocio de la vida del socorrido, y único en su parroquia para el negocio del alma, si llegaba a tiempo»... (Pág. 398).



Noticiario quincenal



Don José María de Pereda, hijo mayor del novelista y miembro de la Junta Legitimista de Cantabria

Sería impropio de nuestra devoción particular y de este número extraordinario, no hacer mención especialísima del nombre de Pereda al comenzar esta sección. Le bastarán dos títulos, sobrándole otros mil: haber sido socio fundador del Centro Tradicionalista Montañés y diputado a Cortes, con carácter católico-monárquico.

Por que el carlismo de Pereda, es algo que no puede menos de recalcar en esta fecha de su centenario. Pasar por alto su significación política, estudiando microscópicamente otras perspectivas, equivaldría a pintar un retrato sin emplear los grises.

Acaso extrañe a alguno esta rotunda afirmación, más no será el primero. También Pérez Galdós, como declara en el prólogo que hizo a «El Sabor de la Tierra», no podía creer, antes de conocerle, que su futuro íntimo fuese «ardiente partidario del tradicionalismo». Bien pronto, andando el tiempo, comprobó por sí mismo la «funesta verdad», pero a la postre, el propio don Benito, que le llegó a querer como a un hermano y más aun cuanto más discutían y se echaban los trastos a la cabeza, reconoció sinceramente que el tradicionalista de Polanco, por cuyo trato se hizo vecino de Santander el novelista republicano, no fuera tan digno de admiración y de cariño con otros ideales y «que se desfiguraría su vigorosa personalidad si perdiera la acentuada consecuencia».

En la copiosa e interesante correspondencia inédita de Galdós a su amigo, cuya lectura debo a una atención de don José María de Pereda, hijo, saltan estas verdades a ojos vistas y es curioso estudiar la trayectoria cariñosa de estos dos grandes enemigos que se querían tanto.

En una de esas cartas, escribe en un inciso, el autor de «Episodios Nacionales»: «Ando ahora muy ocupado con su correligionario el gran Zumalacárregui».

* * *

Los herederos, en el campo de la política, de los amores y doctrinas del novelista «carca», siguen haciendo gala de actividad en distintas regiones.

Mientras los estudiantes madrileños de la A. E. T., que pasan de 500, buscan local aparte en la calle del Príncipe, después de treinta altas en la última semana, en Sodupe (Vizcaya), se abre un Círculo nuevo; vuelven a recobrar la normalidad el de Gijón, después de cinco meses de clausura gubernativa, y el de Bil-



Don José María Gutiérrez Calderón y Pereda, sobrino carnal del novelista, ex concejal, ex diputado provincial y antiguo Presidente de la Junta Legitimista de Cantabria.

TRADICION

bao, una vez hecha efectiva por el señor Juaristi la multa de diez mil pesetas; en Toledo celebran un importante cambio de impresiones con el Comité directivo local, los señores Conde de Florida, jefe regional de Castilla; don José Ramón de Bobadilla, jefe provincial; don Jaime Chicarro y don Antonio Oriol; y se celebran actos de propaganda en Oyargun, Irún, Sangüesa, Las Arenas, Algorta, Rentería, Orense, Cocentaina, Castellón, Palma de Mallorca, Santiago de Compostela, Barcelona y Sevilla, en los que toman parte las señoritas Carmen Villanueva y María Rosa Urraca Pastor y los señores Castellanos, Alcorta, Arellano, Castella, Elizalde, Marín, Totos, Portela, Payos Florez, Moar, López Sánchez, Brú, Llanos de Nimbó, Fernández Lamela, Pardo y Lamamié.

Y en tanto que al diario catalán «El Correo de Tortosa» le cae una recogida y una multa de dos mil duros a nuestro casi homónimo «La Tradición», el semanario balear, reaparece «El Fusil» en su antigua trinchera risueña, perfectamente municionado de doctrina y de gracia y con su acostumbrada buena puntería.

* * *

La cuarta conferencia de las organizadas por el Secretariado, se celebró por fin, gracias a Dios. El día 22 habló Pemán en el monumental Cinema de Madrid, con el aliciente de dos suspensiones anteriores de Casares Quiroga, que no hubieran sido precisas para llenar totalmente el local. Pero ante esta *reciame* del Gobierno, la gente empezó a ir desde las ocho y casi una hora antes estaban ocupadas todas las localidades; la muchedumbre desencajó las puertas antes de que llegara el orador y quedaron repletas las dependencias y los pasillos. Los guardias de Seguridad acordonaron las entradas entonces y hasta los señores Conde de Rodezno, Pradera y Pemán tuvieron necesidad para entrar de que el público les reconociera y de que el teniente les abriera paso.

Caso curioso el del señor Martínez de Velasco, que se puso una boina roja para pasar la muralla humana y que a la postre tuvo que alegar su doble condición de diputado agrario y vicepresidente de las Cortes, para lograr su objeto.

Ocuparon la presidencia los señores Conde de Rodezno, Pradera, Hernando de Larramendi, Chicharro, Conde de la Cortina, General Díez de la Cortina, Beunza, Llaguno y Arauz de Robles.

Bello discurso el del señor Pemán, el poeta orador enamorado que buscaba a su España como la esposa del Cantar de los Cantares a su Amado y la encontró, «de pronto, al tender la mirada sobre este público, compacto y fervoroso, constelado todo él por esas boinas rojas, que son el sombrero de un pueblo que no necesita alas, ni las quiere, para taparse los ojos, porque puede mirar frente a frente la claridad del sol».

Bello también el gesto y la labor de esos bravos muchachos del requeté, que con sus boinas rojas, actividad y disciplina, contribuyeron a guardar el orden, acomodaron a los espectadores, y merecieron un ilustre elogio de don Víctor Pradera en las palabras de presentación: Pepe Quevedo, Sáez de Heredia y Triana, Capitanes de nuestros «boinas rojas»; ¡que sea enhorabuena!

TRADICION

* * *

Las idas y venidas de Madrid a Andalucía y las vueltas y revueltas en Cádiz de nuestro diputado Lamamié de Clairac, por visitar el «España 5», (que paseó por los mares, según la frase pemaniana, «el rencor de la República y la vergüenza de España»), fueron de la misma ninguna utilidad que las de la ardilla de la fábula. Se necesita toda la resistencia y el entusiasmo de nuestro incansable amigo, que pasó más de cuarenta horas seguidas sin sueño ni reposo, para concluir por levantar un acta notarial en la que constan las informalidades de que fué víctima.

Nuestros ilustres colaboradores el señor Conde de Rodezno y don Aurelio González de Gregorio, han sido más afortunados pasando la frontera portuguesa, en la visita a los otros deportados, cuyas interesantes informaciones sobre la odisea de los evadidos, fechadas en Lisboa, se publicaron en «El Siglo Futuro», nuestro colega predilecto.

* * *

El lunes, 23—San Ildefonso—tan lleno de añoranzas para todos los monárquicos españoles sin distinción, se celebró cristianamente en toda España. En Madrid, en la parroquia de San Sebastián, por no citar más sitios, hubo una misa para conmemorar el onomástico del Duque de San Jaime, viéndose lleno completamente el templo; poco después por cierto, de otra de Requiem, organizada y costeada por algunas personalidades del antiguo régimen, dicha en sufragio del alma de don Alfonso XII, padre de don Alfonso de Borbón y Hasburgo.

Con tan fausta ocasión, la Junta Suprema Tradicionalista envió a nuestro augusto jefe y jefe de la Casa de Borbón, un hermosísimo mensaje que TRADICION se honra en suscribir íntegramente con el mayor cariño y el respeto más grande.

* * *

Si la memoria de la desgracia es dulce y sirve de recreo en la prosperidad, según los versos virgilianos, los tradicionalistas seremos muy felices, por lo ricos en recuerdos ingratos, cuando nos llegue la época de las vacas gordas.

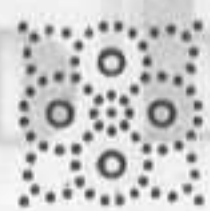
En varias cárceles de España (Madrid, Viana, etc.), hay correligionarios que sufren con paciencia, esa heroica paciencia más grande y meritoria que el valor, mientras recobran la libertad cuatro muchachos sevillanos y una decena de pamploñicas, estos mediante la «pequeña» fianza de diez mil pesetas cada uno.

Pero lo más extraordinario es lo ocurrido en Santiago a unos requetés, que después de haberse defendido en la calle contra un grupo de «valientes», son atacados, en los mismos salones del Juzgado, con acasión del juicio correspondiente, por un número mayor y, además de atacados, detenidos. Exactamente igual que lo pasado pocos días después en el paseo de la Castellana, donde unos de la F. U. E. provocan a otros compañeros de la A. E. T., escapan disparados con algunos chichones, hacen venir en camiones a los guardias de Asalto y logran que detengan y que multen con 500 pesetas a cinco «boinas rojas».

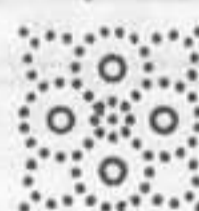
Confiemos en la frase virgiliana y ciñámonos al corazón este proverbio persa: «La paciencia es un árbol de raíces muy amargas y de frutos muy dulces.»

SANCHO QUIJANO.

Tomad café
El Caldero



José Calderón García, S. A.
SANTANDER



Bebed

Anís Montañés

Quien quiera el calzado
bueno y barato, cómprelo en
"El Botín de Oro"

Puente, 1 Sucursal: Puente, 2
Teléfono 2927 SANTANDER



Transportes generales
a provincias y extranjero.

Teléfono 1447 - SANTANDER

Perfumería David

Gran surtido
en perfumería fina
y artículos de tocador.

Muelle, núm. 4
SANTANDER

Carbones "El Sol"

Alfonso Florez - Estrada

Daoiz y Velarde, 30
Teléfono 3345
SANTANDER

Sastrería

F. Delicado

Solo artículos de primera clase

San Francisco, 27, entresuelo.

Teléfono 2241 — SANTANDER

1933

18 NUEVOS
MODELOS



El receptor
de mayor alcance
con el sonido
más verdadero

Venta al contado y a plazos

Carlos Pereda Avendaño

Talleres:

Lope de Vega, núm. 6

Oficinas:

Wad Ras, 7-Teléf. 11-22

SANTANDER

El Siglo Futuro

DIARIO CATÓLICO-TRADICIONALISTA

Publica el texto taqui-
gráfico de las confe-
rencias tradicionalis-
tas que se celebran
con gran éxito en Ma-

Clavel, 11 Apartado 113

MADRID drid.



10 hojas, Ptas. 4,50

La mejor Hoja de afeitarse

conocida hasta el día

Especial para barbas duras

San Francisco, núm. 11 y 13



IGNACIA

Palace - Hotel

De **DISTINGUIDO** linaje, altamente cosmopolita y dotado de todos los servicios modernos

es en **SANTANDER** el **HOTEL** de las personas de **BUEN GUSTO**.

Teléfono 14-83



Apartado 84

PUBLICIDAD

TI-ROL

DIBUJOS PARA PUBLICIDAD
¡¡CONSULTENOS!!

Paseo de Pereda 25-1º Telf. 2069

LA VERDAD SE IMPONE

Y la verdad es que la
tudo tiene y más barato vende los PAPELES PINTADOS para de-
corar habitaciones y cristales.

Casa Alonso es la que más surti-

DROGAS - PINTURAS - PERFUMERIA

Alameda Primera, 14 - Puerta la Sierra, 15 - Teléfono 22-76

Bodegas

V. ^{da} Uzcudun



VINOS FINOS
TINTOS Y BLANCOS
RIOJA - VALDEPEÑAS
NAVA DEL REY

SERVICIO A DOMICILIO

Depósito en el Sardinero: **Padilla, 14-16-18**

Bajos del Casino (Estanco) **Teléfono 12-94**
SANTANDER

Confitería

Moncó

Becedo, 7.-Teléf. 3799
SANTANDER

Pensión El Continente

GRAN CASA DE VIAJEROS
Situado en la calle más céntrica de la población

SILVERIO GUTIERREZ
Blanca, 17, 2.º y Tableros, 4
Teléfono núm. 31-03
SANTANDER

Excelente trato Precios módicos
Cuartos de baño

LA NEGRITA

Cafés - Bacalaos

JESUS ORTIZ

Colosía, núm. 1
SANTANDER

Julkin

El reloj más elegante
Anda sin darle cuerda

San Francisco, 18
SANTANDER

Preciosos modelos de calzado
para señora y caballero.

Precios muy baratos

Compre usted en
LA ELEGANTE

QUINTANA Compañía, 4 (frente a la Iglesia) - SANTANDER

Tradición

REDACCION Y ADMINISTRACION: HERNAN CORTES, 7

DIRECTOR:

Don Ignacio Romero Raizábal
Paseo de Pereda, 3

REDACTOR-JEFE:

Don Manuel Pombo Angulo

ADMINISTRADOR:

Don Nicolás Zamanillo G. Camino
Paseo de Pereda, 23

PUBLICIDAD Y PROPAGANDA:

Don Manuel Sierra Cano
J. Estrañil, 6

**REPRESENTANTE LITERARIO
EN MADRID:**

Don Fernando Díaz de Bustamante y Quijano
Castellana, 11

**Precios
de suscripción:**

Semestre: 5,25 pts.

Año, 10 pts.

¿Desea Vd. amueblar su casa
con elegancia y fino gusto?

Visite nuestros Talleres-Exposición
y encontrará lo que desea

Casa Restegui

Alameda Segunda, 47
Teléfono 26-99

sastrería

confecciones

madriencia

santander
ribera, 19

madrid
miguel moya, 6

Talleres Tipográficos.-Santa Lucía, 7

DIRECTOR:

Don Ignacio Romero Raizábal

SECRETARIO:

Don Santiago Corral

REDACTOR-JEFE:

Don Manuel Pombo Angulo

REDACTORES:

Don Antonio Vázquez de Aldana
Don Francisco G. Camino y Aguirre
Don Gonzalo Fernández de Velasco
Don Luis Salguero Santos
Don Pío Villegas Solar
Don Santiago Gutiérrez Mier
Don José Luis Zamanillo
Don José María Grinda

ADMINISTRADOR:

Don Nicolás Zamanillo G. Camino

REPRESENTANTE LITERARIO
EN MADRID:

Don Fernando Díaz de Bustamante y Quijano

PUBLICIDAD Y PROPAGANDA:

Don Manuel Sierra Cano

LISTA DE ALGUNOS
COLABORADORES:

Albiñana (Doctor)
Andrés, Don Teodoro
Ansaldo, Don José Antonio
Araúz de Robles, Don José María
Bilbao, Don Esteban
Chicharro, Don Jaime
Fabio
Fernández, Don Lauro
González Amezúa, Don Agustín
González de Echávarri, Don José María
González Quevedo, Don Manuel
Hernando de Larramendi, Don Luis
Herrero García, Don Miguel
Lamamié de Clairac, Don José María
Mirabal
Miralles, Don Carlos
Oriol y Urquijo, Don José María
Olazábal, Don Juan de
Ortiz Estrada, Don Luis
Pradera, Don Víctor
Rodezno, Conde de
Sáinz Rodríguez, Don Pedro
Saltillo, Marqués de
Santibáñez del Río, Conde de
Solana, Don Marcial
Urquijo, Don Julio
Uhagón y Ceballos, Don Ricardo
Vegas Latapié, Don Eugenio

D. domiciliado en
calle núm. piso se suscribe a la Revista
TRADICION por un año*.

..... de de 193

(Firma)

* Si se desea por un semestre (5,25 pesetas) táchese la palabra año (10 pesetas).

LISTA DE ALGUNOS
COLABORADORES:

- Vilbiana (Doctor)
- Andrés, Don Teodoro
- Araullo, Don José Antonio
- Araíz de Robles, Don José María
- Bilbao, Don Esteban
- Chibarro, Don Jaime
- Fabio
- Fernández, Don Evaristo
- González Amavis, Don Agustín
- González de Echivari, Don José María
- González Quevedo, Don Manuel
- Hernando de Larrañandi, Don Luis
- Herrero García, Don Miguel
- Lamarian de Chirac, Don José María
- Niñal, Don Carlos
- Niñal, Don Carlos
- Ortiz y Urdajo, Don José María
- Ortiz Estrella, Don Luis
- Pacheco, Don Víctor
- Rodrigo, Conde de
- Sanz Rodríguez, Don Pedro
- Saiz, Marqués de
- Santibáñez del Río, Conde de
- Sola, Don Martín
- Urdajo, Don Julio
- Urdago y Ceballos, Don Ricardo
- Vega, Don Esteban

DIRECTOR:

Don Ignacio Romero Ruizbal

SECRETARIO:

Don Santiago Cortal

REDACTOR-JEFE:

Don Manuel Pombo Araujo

REDACTORES:

- Don Antonio Vázquez de Aldean
- Don Francisco G. Camino y Aguirre
- Don Gonzalo Fernández de Velasco
- Don Luis Salguero Santos
- Don Pío Villegas Soler
- Don Santiago Gutiérrez Mir
- Don José Luis Zamarrillo
- Don José María Gimda

ADMINISTRADOR:

Don Nicolás Zamarrillo G. Camino

REPRESENTANTE EDITORIAL

EN MADRID:

Don Fernando Díaz de Bustamante y Quijano

PUBLICIDAD Y PROPAGANDA:

Don Manuel Sierra Cano

D. calle no. piso se suscribe a la Revista

TRADICION por un año*

de de 197

(Firma)

* Si se desea por un trimestre (5,75 pesetas) téchese la palabra año (10 pesetas).